Pelayos

AÑO 1 – NÚM. 3
3 DE MARZO - 2022

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA

©2021

Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 2

Saluda del Capellán 3

Personajes 7

Narraciones 22

Clara y Santiago 45

Las Españas 50

Madre de la Hispanidad 53

Catecismo de las Juventudes Tradicionalistas 60

¿Sabías qué? 63

Reinas y Princesas 70

Pasatiempo 86

Cancionero 88

Tienda 89

Pelayo

El Señor te ha llamado a devolverle su Altar y al Rey su Trono.

Nada hay más grande por lo que entregar la vida: muchos serán los sinsabores y las dificultades, los obstáculos y los escollos para restaurar la Monarquía Tradicional, verdadero ser de las Españas.

Muchos han sido los que han recorrido ya tu camino, ejemplo de entrega, y para muchos de ellos, de entrega de sus vidas, consumida por el celo hasta la muerte en ofrenda a la Santa Causa.

No serán pocos los que querrán que reniegues de ti mismo traicionando la memoria de nuestros mártires. ¡Sí! Mártires.

No son héroes anónimos que se pierden en el olvido, ni soldados sin nombre que ya nadie recuerda. Su entrega y esfuerzo, aún en el lugar más recóndito o sin testigos, o con el desprecio de quienes los entregaron al insulto o la muerte, es ofrenda que Dios presencia y honra con la Gloria. Porque para Cristo Rey no somos héroes anónimos ¡jamás!

Ellos nos interpelan a la Comunión y nos exigen, con su ejemplo callado y desconocido para muchos, a que honremos su memoria en nuestras vidas. Y si llegara el momento en que fueran ultrajados, haz propias las palabras de nuestro Señor: *«La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra»*.

Dios, Patria, Fueros y Rey, fueron las palabras que exhalaron en su postrer momento. Jaculatoria que alcanza el Cielo y que custodia el Rey.

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

« Volver a la lucha militarmente y sobre todo paramilitarmente; por eso están estos jóvenes aquí... Y me alegro de constatar esta situación tan fuerte: que el carlismo no muere porque cada generación vuelve a ser carlista. ».

Saluda del Capellán

Mis queridos Pelayos:

En los próximos días vamos a celebrar la fiesta que instituyó Carlos VII para honrar la memoria de los Mártires de la Tradición.

Honrarlos es un deber de caridad y también es un deber de justicia, porque les debemos el más grande de todos los tesoros: el tesoro de la fe. Son mártires que nos dieron su vida. Se la dieron a Dios y también al prójimo. Ya sabéis que quien no ama está muerto, pero ellos amaron a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ellos mismos. Por eso nosotros podemos decir con la fe y la esperanza que los mártires no están muertos: ¡Están vivos!

En esta fiesta de los Mártires de la Tradición celebramos una síntesis de la caridad, que, en definitiva, será la única virtud que prevalecerá siempre en el Cielo.

La caridad de los mártires nos enseña la lección de la jerarquía de prioridades, que en teología se llama «el orden de la caridad». Frente a los Mártires, la Revolución quiere desordenar para que amemos lo que es vil y lo que es perecedero, de modo que nuestro corazón se apegue a las vanidades. En cambio, los mártires nos muestran claramente la jerarquía, las

prioridades que debemos amar y por las cuales debemos morir si queremos vivir eternamente.

En esa jerarquía los mártires tuvieron en lo más alto el amor a Dios sobre todas las cosas. Dios nos ama tanto, que dio a su Hijo por amor a nosotros y que se nos ofrece en cada Misa. Recordad que la Misa de siempre es la Misa de los santos. Es la Misa católica por la que combatió con heroísmo monseñor Lefebvre cuya divisa fue «credidimus in charitate»: hemos creído en la caridad. Nosotros también creemos que la Misa nos pone en comunión de caridad con todos aquellos mártires que ofrecieron su vida misma, su sangre sobre el ara del altar y sobre el ara de la patria.

Como los mártires no eran unos revolucionarios sabían ordenar las cosas y en segundo lugar en la jerarquía de sus prioridades estuvo su amor a la patria, el amor a su tierra, a esa composición necesaria para que se desarrolle la vida humana y que florezcan aquellos talentos que Dios nos ha pedido que multipliquemos. Los mártires amaron y lucharon por la patria, porque querían que estuviera gobernada por Cristo Rey. Queridos Pelayos, el combate de los mártires es también el nuestro. Su sangre derramada nos reclama y obliga a no bajar las manos y dar ese combate por Cristo Rey en el ámbito social, reconquistando para Cristo hasta los últimos rincones de nuestra patria.

En tercer lugar en la jerarquía de prioridades, los mártires tuvieron al Rey. La monarquía nos salva de

caer en la trampa dialéctica de la democracia, que es el mal y que nos ha llevado a la división. La revolución le lleva a cortar la cabeza al padre de la patria que es el Rey y además quiere cortársela al padre de cada familia. Por eso, sed unos verdaderos contrarrevolucionarios en la obediencia a vuestros padres.

Los mártires también amaron a sus prójimos como a sí mismos. Como ellos, queridos Pelayos, tenemos que morir cada día en la vida cotidiana a nuestro orgullo, a nuestros caprichos y a nuestros proyectos para que podamos seguir los proyectos de Dios, que evidentemente son más grandes que los nuestros.

Nosotros somos débiles y pequeños. Pero este es un argumento enorme para atraer sobre nosotros la gracia que nos hace fuertes con la fuerza del amor y de la caridad. Pidámosle a los mártires que la caridad no se enfríe nunca en nuestros corazones, de manera que el fervor de Dios nos aleje de la abominable tibieza.

Sigamos con la cruz de cada día y la abnegación y deberes de cada día. Nosotros no tenemos poder, pero debemos dejar de lado cualquier desaliento, cualquier desánimo, porque los que luchan por Cristo Rey son los que tendrán eternamente la gloria.

Los mártires cruentos e incruentos son testigos de un combate sin descanso contra el liberalismo y contra la revolución, mártires de tantas lágrimas de madres e hijos y de tantos que han sufrido a lo largo

de la historia. Ellos son los testigos y nos piden perseverancia. Tenemos un arma —el Santo Rosario, no lo dejemos— y un refugio, el Corazón Inmaculado de María, verdadero Sagrario en estas horas terribles. Y para concluir, recordad lo que nos repite a todos la Ordenanza del Requeté: ante Dios nunca serás héroe anónimo.

Padre José Ramón García Gallardo

Alfonso X

El Sabio

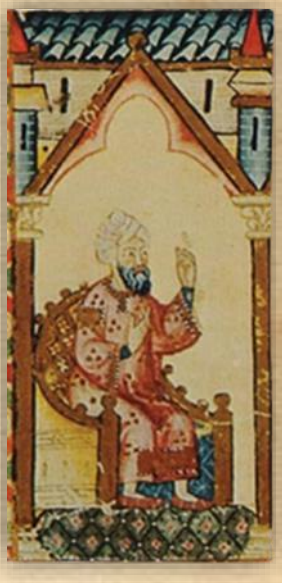
Su nombre era Rey Alfonso X de Castilla. Nació en Toledo, el 23 de noviembre de 1221. Hijo del Rey Fernando III El Santo y de Beatriz de Suabia. Por parte de su madre fue aspirante al trono del Sacro Imperio Romano Germánico. Reinó cristianamente desde el 1252 al 1284.

En 1231, mientras Fernando III recorría las principales ciudades del reino de León después de haber tomado posesión de él, el soberano envió a su hijo el infante Alfonso;

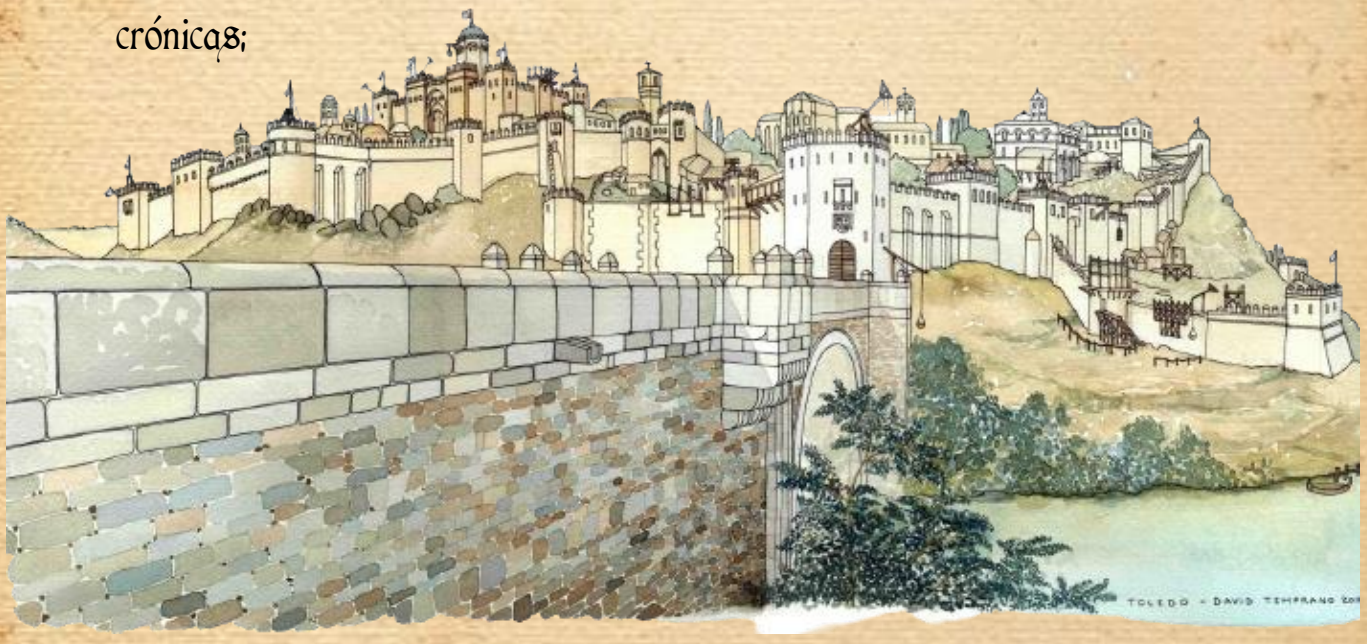
«Mandó a don Alvar de Castro, el Castellano, que fuese con él, para guardar el infante y por cabdillo de la hueste, ca el infante era muy moço e avn non era tan esforçado, e don Alvar Pérez era omne deferido e muy esforçado»

Desde Salamanca y pasando por Toledo, donde se les unieron cuarenta caballeros toledanos, se dirigieron hacia Andújar (Santo Reino de Jaén), y desde allí, se encaminaron a

devastar la tierra de Córdoba, y posteriormente, al municipio cordobés de Palma del Río, tomando la localidad, dirigiéndose a continuación hacia el reino de Sevilla y hacia Jerez de la Frontera, donde instalaron el campamento cristiano en las cercanías del río Guadalete.



El emir Ibn Hud, que había reunido un numeroso ejército dividido en siete cuerpos, se interpuso con él entre el ejército cristiano y la ciudad de Jerez de la Frontera, obligando a las tropas de Alfonso a combatir. Durante la batalla que se libró a continuación, conocida como la batalla de Jerez, el ejército de Alfonso derrotó a las tropas musulmanas, a pesar de la superioridad numérica de estos últimos. Alfonso X el Sabio se refirió posteriormente a la batalla de Jerez, librada en el año 1231, y en la que Álvaro Pérez de Castro el «Castellano» acaudilló las huestes cristianas, y así lo cantaban las crónicas;



«Conviene que sepades los que esta estoria oyredes que la cosa del mundo que más quebrantó a los moros, por que el Andaluzía ovieron a perder e la ganaron los christianos dellos, fue esta cabalgada de Xerez, ca de guisa fincaron quebrantados los moros, que non pudieron después auer el atreuimiento nin el esfuerço que ante avíen contra los christianos, tamaño fue el espanto e el miedo que tomaron desa vez»

Después de su victoria en la batalla de Jerez, Álvaro Pérez de Castro se dirigió al reino de Castilla y entregó al infante Alfonso a su padre el rey, que se hallaba en la ciudad de Palencia.

.

Cumplida la mayoría de edad a los diecinueve años, continúa con la Reconquista, a igual que su padre, expulsando a los mahometanos de España para ser ofrendada por entero a Cristo. Alfonso utiliza oficialmente el título de heredero y comienza a ejercer actividades de gobierno en el reino de León. Poco después, afronta diversas operaciones militares;

En 1243, debido a la enfermedad que sufría su padre, el infante se hizo cargo de la campaña de conquista del reino de Murcia (1243-1245), con la ayuda de ciertos caudillos mahometanos del territorio. La taifa temía ser absorbida por el vecino reino granadino, y su señor decidió solicitar la protección de los leoneses y los castellanos, que le enviaron tropas y una embajada en abril de 1243.

La mayoría de los caudillos regionales pactaron con los castellanoleoneses en Alcaraz, pero Mula, Lorca y Cartagena, rehusaron hacerlo y fueron subyugadas, las dos primeras en la primavera del 1244 y la tercera a comienzos de 1245. En el transcurso de estas operaciones firmó el Tratado de Almizra con Jaime I de Aragón, su futuro suegro, estableciendo las fronteras entre ambos reinos.

En 1246, participó en las largas operaciones de asedio de Jaén, que concluyeron con su conquista.

Alfonso era un soldado, y entre 1246 y 1247 participó en la guerra civil portuguesa, apoyando a Sancho II de Portugal frente a su rival y hermano Alfonso de Bolonia. Tras vencer a

las fuerzas portuguesas cerca de Leiría, abandonó el reino para participar en la conquista de Sevilla.

Así, ya en 1247-1248 iba a la cabeza de la conquista.

El castillo de Alicante se conquistó en el año 1252. Al poco, las villas y fortalezas del Vinalopó pasan a formar parte del infantado de su hermano, el infante Manuel de Castilla, siendo creado el Señorío de Villena. El rey Jaime I de Aragón había ofrecido a Castilla el derecho de poseer dichos territorios a modo de dote matrimonial con sus infantas Violante y Constanza de Aragón, mientras que Alfonso, a cambio, había otorgado al soberano de Aragón el derecho de recuperar Alicante en cualquier momento como gesto de buena vecindad diplomática.

El 31 de mayo de 1252 falleció Fernando III el Santo, y el 1 de junio fue proclamado rey el infante Alfonso, que reinaría como Alfonso X de Castilla y de León.

En 1253, ocupó Jerez. Contra las potencias musulmanas del sur de la península y el Magreb creó una base naval

en Alcanate en el verano de 1260-89. Seguidamente, los castellanos ocuparon y saquearon durante varios días el puerto de Salé en septiembre de ese mismo año arrasó Salé, el puerto de Rabat en 1260 y conquistó Cádiz en 1262.

En 1264, tuvo que hacer frente a una importante revuelta de los mudéjares de Murcia y del valle del Guadalquivir, que eran los moros a los que les había permitido quedar en tierras cristianas..

Pero a la par que reconquistar con continuos éxitos militares, heredó de su ejemplar padre, el amor a Nuestra Señora, la Virgen María, y fue apoyo de la cultura y de la lengua castellana. Y por este esfuerzo y fervor pasó a la historia con el apelativo de «El Sabio».

Organizó tres centros culturales en ciudades tan importantes como Murcia, Sevilla o la misma Toledo y, en esta última, fundó la Escuela de Traductores que se encargaba de traducir y recopilar materiales de todo el mundo. Promovió la creación poética y él mismo escribió composiciones para ofrecer, así, un modelo al resto de autores que quisieran seguirle e imitar su estilo.

Esto hizo que, además de monarca, Alfonso X el Sabio fuera también un importante autor de la época con una gran creación artística.

Entre sus obras destaca sus Cantigas de Santa María (escritas en galaicoportugués).

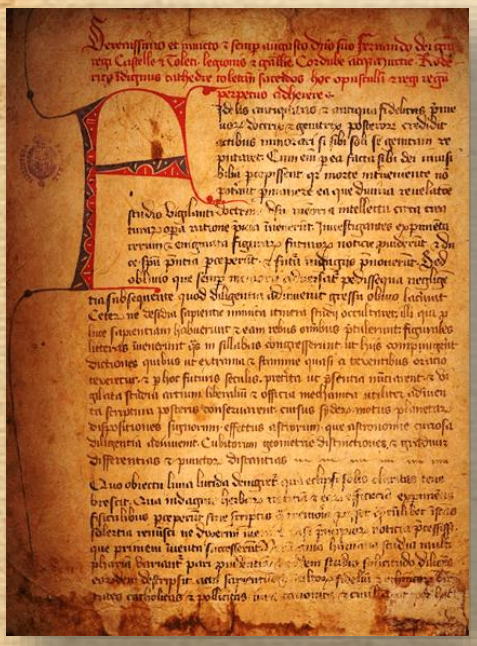
Se trata de una obra inspirada en la Virgen María escrita en su mayoría personalmente por el mismo rey.

Esta obra está compuesta por 427 poemas que alaban la figura de la santa Virgen. Narran algún hecho milagroso que se le atribuye a algún santo. El 10% de la producción son canciones que el rey cantaba a la Virgen, pues se constituyen como himnos que alaban la figura santa de la Virgen y estas cantigas de loor están acompañadas de una partitura musical.

Es el Rey el fundador de la prosa castellana y, es más, fue en su época cuando el castellano pasó a convertirse en la lengua oficial del

reino dejando, así, en un segundo plano al latín que imperaba hasta entonces.

La labor cultural de Alfonso X el Sabio fue una de las más prolíficas de la historia de España y, para llevarla a cabo, el monarca colaboraba con intelectuales de otras partes del mundo como latinos, hebreos o mahometanos. El foco de esta creación cultural fue la Escuela de Traductores de Toledo que trabajaba para crear una importante obra literaria en lengua castellana.



A este rey se le conocía como «El Sabio» porque también era diestro en muchas ciencias y conocimientos. Tenía estudios de astronomía, historia y ciencias jurídicas, entre muchas otras áreas.

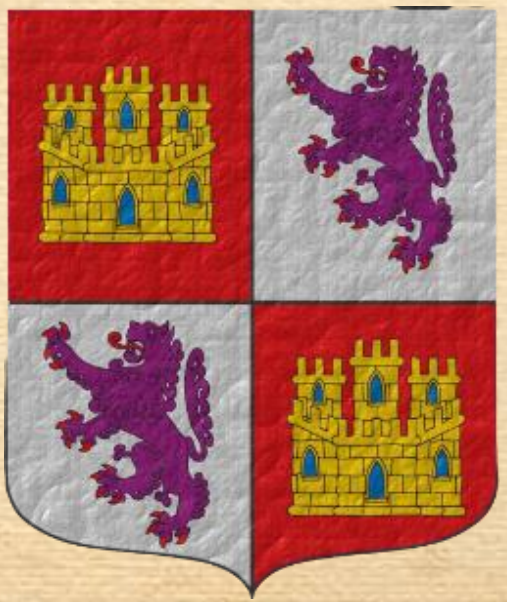
Creó proyectos como el «Código de las siete partidas» que se encargó de recuperar las tradiciones romanas y unirlas con las tradiciones de Castilla. Gracias a esta obra, se codificaron en el territorio las

leyes del derecho romano y del derecho común que tanto se había expandido por Europa.

Pero también creó obras de ciencia, como los «Libros del saber de astronomía», un compendio que reúne los conocimientos de astronomía del monarca y, además, incluye tablas astronómicas (también conocidas como tablas alfonsíes) que tienen como objetivo reunir todo el conocimiento que había en la época sobre la astronomía.

Destaca el «Lapidario», un tratado de las piedras preciosas y los metales, así como los «Libros del ajedrez, dados y tablas», «Crónica general» y «La grande e general estoria», dos textos que tenían como objetivo unificar el territorio y relacionar el país con la historia universal.

Falleció 4 de abril de 1284.



Isabel I de Castilla

Isabel La Católica

(Primera Parte)

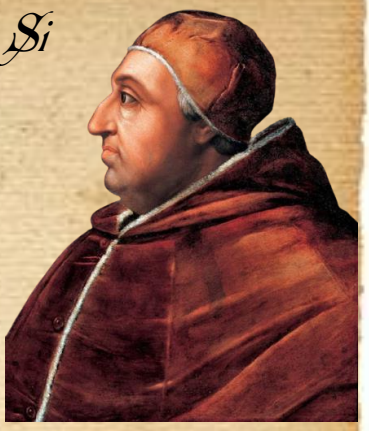
Las manos que hicieron y bordaron el Imperio de España, el más claro y más limpio de todos los imperios, fueron manos de mujer.

Y tenía que ser así. Porque sólo manos de mujer saben coser bien fuerte y con hilos de oro los pedazos de púrpura y seda que formen un espléndido manto real.

Nació en Madrigal de las Altas Torres, el 22 de abril de 1451.

Fue reina de Castilla desde 1474 hasta 1504, reina consorte de Sicilia desde 1469 y de Aragón desde 1479, por su matrimonio con Fernando de Aragón. También ejerció como señora de Vizcaya. El Título de «Católica» título le fue otorgado a ella y a su

marido por el papa Alejandro VI mediante la bula *Si convenit*, el 19 de diciembre de 1496.



Cuando Doña Isabel I de Castilla llegó a ser reina, *«los miembros e pedazos de España estaban por muchas partes derramados»*; Aragón, por un lado: Castilla y Navarra, por otro, y en Granada, los moros. La autoridad de los reyes estaba escarnecida: los nobles tenían esclavizados a los pueblos: los malhechores asaltaban a los caminantes, y del noble solar hispano habían huido la justicia y la paz.

Se casa Doña Isabel con Fernando V de Aragón, *«el mejor mozo del mundo»*, y Aragón y Castilla, y con ellos casi toda España, se unen para siempre. Ya no quedan fuera de sus manos nada más que las recias tierras de Navarra y la perla de Granada.

Antes de ir por ella, los Reyes Católicos quieren apretar bien los pedazos de España. Y los aprietan con la justicia, con una justicia que arranca de cuajo vicios,

traiciones, rebeldías de los poderosos, guerras civiles.

A la reina no estorban el hechizo de sus ojos, la blancura de su cara y la belleza de su arrogante figura para ir ella misma en persona a sofocar rebeliones, a presidir tribunales de Justicia, a castigar a malvados. Le basta su presencia para que se rindan ante ella todos, los buenos y los malos, y para que hasta los más difíciles asuntos se resuelvan con sencillez.

Un día se amotina el pueblo en Segovia, y la reina, que estaba en Tordesillas, monta rápidamente a caballo y, en jornadas forzadas, llega a Segovia y se presenta, ella sola, ante los amotinados. Estos

prorrumpen en estruendosas aclamaciones a su soberana. Y allí mismo acaba el tumulto.

Otro día, un hijo del almirante de Castilla acomete a un joven que lleva un salvoconducto de la reina, y después huye a refugiarse en un castillo de su padre. La reina misma se presenta en Simancas a exigir su entrega inmediata.

Así consiguió Doña Isabel que *«un decreto firmado por dos o tres jueces infundiera más respeto en aquel tiempo que todo un ejército anteriormente».*

La guerra fue dura, y día tras días iban cayendo en poder los Reyes Católicos las florecientes ciudades de Ronda, Málaga, Baza, Guadix y Almería.

Cuando decaía el espíritu de las tropas, era la presencia de Doña Isabel quien las animaba.

Encontrándose en el sitio de Baza, hubo un gravísimo peligro de derrota. El invierno era duro: las lluvias persistentes habían hecho de los caminos barrizales intransitables que no permitían el paso de los convoyes. Los capitanes pensaron en la retirada...Lo sabe Doña Isabel: sin esperas ni preparativos, monta en su caballo y lo espolea sin descanso: atraviesa montes y torrenteras, ni el barro ni el frío la detiene, y de improviso se presenta ante sus

soldados. Los hombres se levantan llenos de asombro; a su Reina nada la detiene, lo que para ellos estaban siendo obstáculos, nada era para ella a fin de estar con sus tropas. Se despliegan las banderas y suena la música de guerra; los tambores retumban atronadores acallando la tormenta y aterrando a los sitiados.

Donde antes había soldados agotados y desesperados, ahora hay héroes invencibles. La reina está con ellos.

Hasta el príncipe moro que mandaba el castillo cogió a sus mejores caballeros vestidos de gala, desplegó sus estandartes y salió a rendir honores a la reina, haciendo a su caballo arrodillarse delante de ella. A los pocos días Baza se rindió y el príncipe Cid Hiaya se hizo cristiano.

Mientras el rey y los más bravos capitanes cristianos batían las fortalezas de Granada, la reina enviaba ropas y víveres a las tropas, organizaba correos, vencía todos los peligros del desaliento, creaba los primeros hospitales de sangre que hubo en el mundo.

Hasta que la Cruz de Cristo brilló en las torres de la Alhambra, mientras que los pregoneros lanzaban a los vientos el grito; *«GRANADA, GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL»*, y Boadil entregaba a Don Fernando las llaves, diciéndole con voz entrecortada por las lágrimas; *«Estas son, señor, las llaves de ese paraíso»*.

Y es fama que al abandonar Boadil la hermosa ciudad, prorrumpió en amargo llanto, mientras su madre, la feroz mora Aixa, le decía inclemente; *«Llora como mujer, ya que no has sabido defender tu reino como un hombre»*.

ME LO CONTÓ UN PAJARITO

(TERCERA PARTE)

La cotorra le contó, porque es siempre la que más habla, que a ella le daba pena ver a los niños encerrados todo el día como en jaulas, donde habitan sin espacio propio, porque su techo es el suelo del que vive encima y pisan sobre el techo de quien vive debajo. Donde ni siquiera entra el sol por las ventanas, ni pueden ver las estrellas cuando la noche está despejada. Niños que viven en las urbes en nidos muy pequeños, sin jardines, ni balcones para poder tomar el sol por la mañana. Que ojalá fueran tan grandes como sus abultados nidos, de múltiples entradas, que ellas hacen en la copa de los árboles del parque del Retiro y zonas aledañas. Y Su Majestad el Águila asintió, afirmando que su real deseo era que todos los niños volvieran pronto a disfrutar de mucho espacio y de la luz del sol, en todo momento y no sólo durante las vacaciones, así los campos volverían a estar alegres todos los días con sus risas y con sus juegos.

Las dos palomas manifestaron que estaban muy preocupadas porque algunos matrimonios no se quieren tanto como ellas; los hay que casi ni se hablan, y les da mucho miedo que los pichones se caigan de esos frágiles nidos y sean devorados por los ratones u otras alimañas, que las hay de variado pelaje, feas y malas, pero se ha comprobado que las más peligrosas suelen ser las más atractivas y simpáticas. Han observado nidos mucho más frágiles que aquellos que hacen ellas simplemente con tres o cuatro palitos sobre las ramas, y que, sin embargo, son capaces de resistir tormentas huracanadas.

Y el Águila preocupada, pensativa se rascó el mentón con la pata y proclamó que mientras él reinara ni descansaría ni perdería tiempo con entretenimiento alguno, hasta ver derogada la ley del divorcio.

Nadie había escuchado al búho, que llegó como un fantasma; vino obedeciendo al llamado de su amiga la cigüeña de la espadaña, quien le había invitado con insistente crotoreo. Salió con sigiloso vuelo de la sacristía, sin ser notado, estando como estaba la reunión de bulliciosa y alborotada, y se posó en la misma rama seca de siempre, que ya estaba manchada de blanco, de tanto vigilar apostado en ella todas las noches, sin perder detalle de todo lo que sucede, se mueve y merodea, pues quien se esconde en las tinieblas, por lo general, no se ocupa de cosas buenas. A él lo que más le preocupaba eran tantos ancianitos que pasan las horas muertas esperando, sin saber ni qué ni a quién, solos en sus casas, y les pidió a los niños que les hagan al menos

una llamada, ya que ahora no pueden ir a visitarlos.

El Águila agregó que a los mayores debemos amarlos y respetarlos porque eso lo manda Dios en el cuarto mandamiento. Dios nos pide que los cuidemos con cariño y paciencia cuando ya no se puedan valer por sí mismos, llevándoles una cesta con cosas que necesiten, acompañándoles en su soledad a menudo y velando mucho por ellos, porque hoy, en geriátricos y hospitales andan sueltos muchos lobos feroces, que hace poco han devorado a la abuela de Caperucita Roja y a otros tantos. Tenemos que escuchar con atención sus sabios consejos de vida y las historias del pasado, tan rico en lecciones y tan duro en experiencias que nos enseñan a hacer frente al futuro. Cuando los más ancianos son capaces de dejar apagado el televisor nos pueden contar relatos apasionantes, e historias fascinantes de héroes y hadas que sólo ellos conocen, porque un día las leyeron o a su vez se las contaron a ellos sus propios abuelos. Nuestros mayores son el eslabón que nos une a toda la tradición, y generación tras generación, han construido la civilización más bella.

El Águila concluyó su respuesta al búho, al traer a colación la historia de un benteveo que, en tierras que están más allá del océano, va gritando a tiempo y a destiempo, con bochorno y escándalo, recordando a los nietos ingratos sus deberes y obligaciones para con sus mayores, si no quieren que caigan sobre sus cabezas maldiciones terribles.

Los gorriones, que quieren mucho a los niños porque dejan unas migas deliciosas cuando comen bizcochos en la plaza, estaban muy preocupados. Ellos saben muchas cosas, pues como son muy atrevidos e indiscretos, han estado

mirando por las ventanas y han visto que algunos niños se pelean y dicen malas palabras.

El Águila los oyó atentamente y les dijo que estaba al corriente, pero que por su parte, él les traía el testimonio de un canario que muchas veces oyó, bien entonadas, las voces blancas de muchos niños que en sus casas, cantaban con alegría melodías más bellas que aquellas que él conocía cuando trinaba en su jaula. Hay que tener paciencia, porque antes de cantar bien, siempre salen mal algunas notas y algunas palabras, pero si Dios quiere los niños pronto se corregirán, hablarán y cantarán sin notas falsas.

El mirlo y el ruiseñor coincidieron con el parecer de los gorriones, y agregaron que ellos se habían enterado de que muchos niños desobedecían a sus padres, quienes una y otra vez y hasta tener que enfadarse les pedían, que ordenaran su cuarto, hicieran la tarea, recogieran los juguetes, pusieran la mesa, tendieran la cama, y que hicieran las oraciones de la noche y la mañana. Y ellos, erre que erre, seguían jugando con la consola, como si no los escucharan. Por eso, se enfadaban los papás y había revuelo en la jaula. El Águila, con aire grave, alzando un poco la voz dijo:

—Niños sed obedientes a vuestros padres y si guardáis bien el orden, el orden os guardará.

Fue entonces cuando cacareó el gallo, digno diputado en aquellas cortes, en representación de todo el gallinero, de los gansos y los patos, de los pavos y su numeroso gremio. Abombando su pecho de barítono, y como para darle vuelo a su voz, sacudió en su pecho un par de aletazos, abrió su sonoro pico y expresó lo siguiente:

—Manifiesto mi disgusto y desagrado, mi enfado y reprobación, porque por lo visto en los gallineros humanos hay muchos pollitos desorejados, que no se van a la cama cuando manda la mamá, desobedientes y caprichosos, andan gimiendo llorosos porque no se quieren ir a acostar.

Y el Águila sólo agregó, con voz calmadamente mesurada:

—Para guardar bien el orden hay que respetar el reloj; es necesario levantarse temprano, cuando sale el sol, y para levantarse temprano, nunca debéis acostaros tarde. La pereza es la madre de todos los vicios y quien pierde el tiempo lo más probable es que pierda la eternidad. Niños, no os olvidéis de rezar las oraciones, acostaos sin piar y dormid como pollitos.

Una bandada nutrida de estorninos revoltosos e inquietos, poniendo fin a una caprichosa coreografía aérea, se posó en unos acebos vecinos. Quien al parecer dirigía esta díscola banda, era uno con esa mezcla frecuente —entre los pájaros solamente— de cacique, de tirano y de caudillo, con cierta nobleza macarra, pero sin identidad ni moralidad muy clara. Imitaba los trinos de aquellos con quienes gorjeaba, para adaptarse a lo que quisieran oír. Tiene un carácter pendenciero y suele

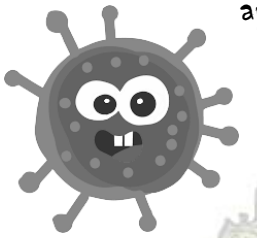
meterse con frecuencia en furiosas grescas, entre las ramas o en las altas esferas, donde a picotazo limpio, vuelan las plumas y más de un ojo queda morado, algún

que otro pájaro saca descalabrada la pata o le dejan el ala muy perjudicada. Inflando bastante el buche, tomó la palabra. Nos contó que cada noche, todos ellos pernoctaban en unos grandes árboles de la plaza desde donde se divisaban muy bien muchas ventanas de apartamentos y casas. A través de ellas veían cómo los niños pasaban muchas horas detrás de unas raras ventanas iluminadas.

—¡Son pantallas!— interrumpió la cotorra—que como todos saben no puede estarse callada. El Águila la miró muy serio y ella, con vergüenza, metió su pico bajo el ala.

—Prosiga Usted estornino—ordenó con firmeza el Águila—. Tragando un poco de saliva y con un discreto carraspear de garganta, prosiguió el estornino exponiendo la tesis que le ocupaba:

—Hasta donde mi pequeño cerebro me permite entender, tengo gran dificultad en poderme comunicar con los niños de hoy para darles mi mensaje de ayer. Ojalá fuera como en tiempos del Génesis (sin ir más lejos) allá en el Paraíso, cuando todos los pájaros hubiéramos podido entendernos a la perfección con los niños, cuando aún las espinas no herían y las fieras eran mansas, pero un día se metió el Cuernovirus para tentar a la madre de todos los hombres. No me acuerdo mucho de qué fue lo que pasó, pero un ángel los echó de allí con una espada en llamas. Después de esto, todo se complicó, pero bien que mal a veces las aves hemos podido hablar con gente de buena ley; mis abuelos recordaban con especial cariño a uno muy pobrecito, de Asís, con el que se podía conversar estupendamente y hasta los pescados salían de bajo el agua, para oír los sermones de un pobrecito de Padua.



—Pero ahora —prosigue el estornino— es casi imposible pues los niños se han alejado del mundo natural y su orden, y al traspasar el umbral de esa puerta virtual que es la pantalla, se han introducido en una dimensión surrealista, transformándose en ciudadanos de un mundo cibernético donde permanecen encadenados por el Cuernovirus en el reino de la mentira. En ese mundo ya no viven sino unos personajes monstruosos, feos y raros, tétricos y macabros. —¡Peppa Pig y Bob Esponja! —interrumpió la cotorra, que había aguantado muy poco callada.

De inmediato vinieron dos halcones y se la llevaron amordazada a pasar unos días en el calabozo a pan y agua.

Y el Águila sin más dijo: —Resuma estornino—y él, tratando de recuperar el hilo, sólo agregó:

—Cuidaos del Cuernovirus que pasando por las pantallas se os mete en el alma, y una vez en el espíritu, le corta a la imaginación sus poderosas alas. Y sin imaginación —preguntó—¿Qué queda de la infancia?

Y haciendo una gentil reverencia, se volvió volando al matorral de acebo con sus camaradas.

La urraca, que no quiso decir de dónde venía, aunque todos sospechan que nada bueno le ocupaba (tiene fama de ladrona, le gustan demasiado las monedas, le fascinan los anillos, los aretes y todo aquello que brilla) dijo sentirse muy disgustada porque vio una mañana como un niño muy pequeño, lleno de rabia, le pegó a su hermanito en la espinilla, una violenta patada. Pero como el mal se vence con el bien, quedó muy edificada, cuando vio que aquel niño, por la noche antes de acostarse, se acercó a su hermano para pedirle perdón, pues no quería irse a su cama y dormir con remordimientos de conciencia. Su hermano le explicó que había recordado que debemos ser capaces de perdonar setenta veces siete, y que al rezar el Padrenuestro, Jesús le había enseñado lo que quería decir: "*perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*", y desde ese momento ya le había perdonado en su corazón. Le abrazó muy fuertemente y su hermano pequeño, lloró emocionado. Para tranquilizarlo le dijo que el moretón de la espinilla ya no le dolía más (aunque no se veía porque tenía una venda), que errar es humano y lo que de verdad es pésimo es que el sol se oculte sobre nuestra cólera, irse a dormir

con rencor en el corazón y odio en el alma. La urraca, sabía muy bien lo importante que es pedir perdón, que nos permite "*robarnos*" el cielo, tal como se lo había enseñado el patrón de todos los ladrones buenos: San Dimas, el Buen Ladrón. Y el Águila acotó:

—No tengo nada más que agregar sino que siempre se debe perdonar aunque no siempre nos pidan perdón.

La abubilla, llegado su turno, también tomó la palabra. Sin que ningún otro pájaro se le acercara, y poniendo en fuga a una abeja que estaba libando en una flor de retama, a la que hizo estornudar y mudarse a otra flor más alejada, la abubilla relató con voz melosa que estaba muy preocupada, puesto que había visto en una casa que varios hermanitos se peleaban, se daban pellizcos y coscorrones y entre ellos se hacían cosquillas aunque el otro se enojara, pero lo que más le indignaba con diferencia, fue ver que uno de ellos le jalaba el pelo a una de sus hermanas. ¡Ella sabe muy bien lo que duele que le revuelvan a una abubilla su toca recién arreglada! Al acabar su disertación el Rey sólo agregó:

—Un niño de corazón noble y alma de caballero no le toca a una niña el pelo ni con el pétalo de una flor.

Cuando le llegó el turno, en nombre de todo el gremio de los artesanos, habló el carpintero. La oratoria no es su fuerte pues su pico no es de oro sino de acero. Sin embargo, pronunció el siguiente discurso:

—Nosotros estamos bajo el patronazgo de un santo muy carpintero que, con su trabajo aportó el sustento al mismo Dios, y enseñó a su Hijo divino a

cepillar la madera, cuadrar una puerta o clavar una cruz. Nosotros hemos sido carpinteros, a través de los siglos, de generación en generación, y a nuestros hijos les educamos de tal manera, que el día en que ya no estemos con ellos, sepan volar solos y se puedan valer por sí mismos. Por eso, niños, en este tiempo en que estáis confinados en vuestras casas, os aliento a que no permanezcáis ociosos y aprendáis a freír un huevo, coser un botón y lustrar los zapatos, barrer las hojas muertas y pasar el aspirador, plantar una lechuga en el huerto o un tomate en la maceta. Aprended la letra de algunas canciones o a pintar una puerta. Que no todo se aprende en la escuela.

Y el Águila concluyó aquel alegato simple y sensato diciendo:

—En la escuela informan a los niños, en el mejor de los casos, pero en casa es donde se forman los hombres de bien, ayudando a sus padres, aquí igual que en Nazaret, donde el Niño Jesús trabajaba con san José en su taller.

Dejando por un momento su habitual cantadero, el de la rama del roble viejo, el urogallo se posó en otra rama de una vetusta haya que ya empezaba a brotar. Muy apesadumbrado y con todo el dolor de los de su especie en la voz, expuso que su preocupación mayor era constatar que muchos niños no dijeran la verdad siempre. La mentira es mortal para la inteligencia, la cual como los urogallos, se encuentra en peligro de extinción, y declaró que le daba mucha pena ver a los niños encerrados en sus casas, pero

que lamentaba mucho más que estuvieran poseídos por las mentiras, que su alma también fuera esclava.

—Niños, sed francos—les exhortaba el urogallo—la verdad os hará libres, como libres son los pájaros. Pero hay muchos que no vuelan porque la mentira les quebró las alas; vino la marta en seguida y aprovechó para devorarlos porque sin la verdad no se puede ir muy lejos. Que jamás nadie pueda decir de alguno de vosotros: "*este niño es un mentiroso*", porque en boca del que miente la verdad se hace dudosa. Os aseguro que peor que ser un niño no querido ni amado es convertirse en un niño mentiroso, un niño que no es de fiar, a quien nadie creerá jamás.

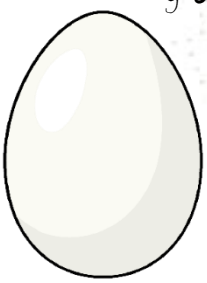
Ante todo este discurso el Águila sólo agregó:

—No puede ser que triunfen los cobardes, porque eso son los mentirosos. La victoria la merecen los valientes y no los rufianes despreciables, hijos adoptivos del padre de la mentira2.

Un verderón salió de entre las frondosas ramas del pino y posándose en el tallo florecido de un cardo de Castilla, al que la brisa en su penacho morado da el vaivén de un péndulo, sobrecogido al verse obligado a expresarse delante de aquella magna asamblea, fue capaz de sobreponerse a su timidez y de vencer el miedo que embargaba su corazón (que estaba a punto de estallar pues le latía con una terrible violencia). Quedó demostrado una vez más que los más pequeñitos suelen ser más fuertes que los grandes. Sacando fuerzas de la flaqueza de su alma para poder hablar, se fue explayando con la sabiduría de los corazones sencillos y les preguntó:

—¿Recordáis que el estornino mencionó a aquella señora que vivía en el Paraíso? Pues bien, ella tenía dos hijos, pero como el Cuernovirus puso veneno en sus corazones, surgieron entre ellos envidias y celos, odios y rencores, desde entonces todos sabemos que "*odio de hermanos, odio de diablos*". La culpa de Adán y Eva nos afectó a todos; a los hijos de los hombres por el pecado original que tanto dificulta a los niños el portarse bien, y a toda la Creación, la cual está a la espera de que las almas buenas la rediman3. Esto es lo que explica que haya pájaros a quienes la sociedad no hace malos, ellos son malos desde que nacen, apenas salen del cascarón ya son asesinos de inocentes. Nosotros los verderones estamos muy apenados viendo que muchos niños se alteran demasiado en sus jaulas, se disputan los helados y los caramelos, tienen caprichos y no ahorran berrinches y pataletas, y por eso más de uno de ellos se ha ganado una justa bofetada.

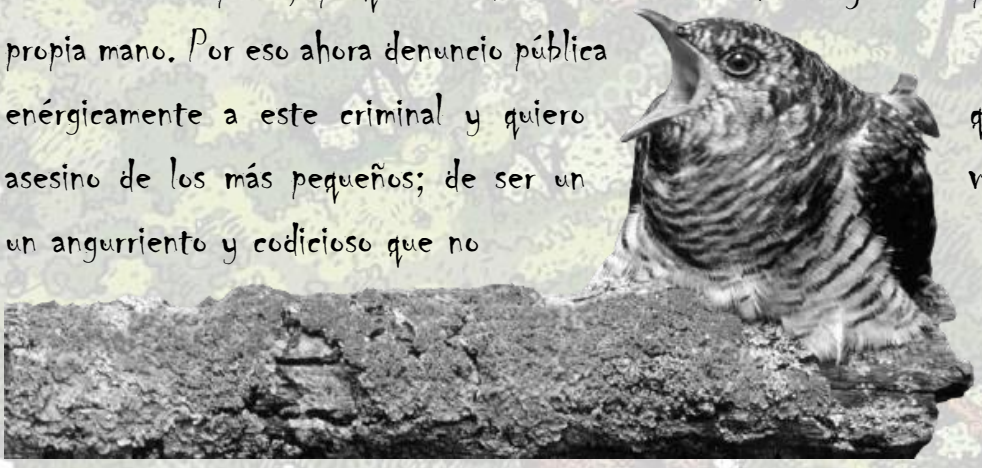
—Quiero pedirles que me sigan escuchando con interés —continuó hablando el verderón— y aprovecho esta magna asamblea para hacer una denuncia pública. Mi mujer y yo hacemos nuestro nido, muy pequeño y humilde por cierto, con mucho cariño y arte. Vamos juntando pajitas y hojas, lanas y plumitas para que sea bien acogedor, allí incubamos los huevos de los que nacerán nuestros hijitos, nuestro nido es pequeño pero el corazón es grande y en él caben todos los pichones. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa al encontrar un día en nuestro nido un huevo mucho más grande que los de un verderón!, y ¿quieren saber lo que sucedió? ¡No lo van a creer! De ese huevo extraño nació un pichón ajeno que apenas recién salido del cascarón empujó con su espalda y lanzó al suelo nuestros propios huevos. No los pudo arrojar a todos en un primer ataque, pero esperó un tiempo después hasta tirar a los polluelos recién nacidos... ¡Fue el cucú! ¡El



cucú los empuja hasta que caen por tierra donde son devorados vivos por las hormigas coloradas!

Aquí los sollozos ahogaron su voz, acudió solícito un martín-pescador a reconfortarlo con un vaso de agua, bebió un sorbo y prosiguió:

—Así fue como se quedó, como niño único, ocupando todo el nido, engullendo el muy glotón con una voracidad insaciable el alimento que no quiso compartir, ¡todo para él solo! Pero como vengarse no es bueno, y no aplicamos la ley del talión: "*ojo por ojo, pico por pico*", sino la del perdón, por eso le alimentamos hasta extenuarnos, dándole toda la comida que su voracidad exigía y reclamaba sin parar, porque no debemos hacer justicia por nuestra propia mano. Por eso ahora denuncio pública y enérgicamente a este criminal y quiero que ser asesino de los más pequeños; de ser un vago, de ser un angurriento y codicioso que no sabe compartir la comida con los demás, de aprovecharse del esfuerzo de los otros y no colaborar jamás. Tampoco educa ni cría a sus hijos. Lo acuso de egoísta, de sólo pensar en él y de sacrificar a los otros pichones en su provecho.



Ante la magnitud de la denuncia todos se callaron, el silencio se podía cortar con un cuchillo, nadie decía este pico es mío, se había parado el tiempo y el cucú, avergonzado, en ese momento sólo quería esconderse en cualquier reloj.

No atinó ni siquiera a huir, la acusación le dejó tan sorprendido que quedó paralizado. Inmediatamente se acercaron al cucú los dos halcones uniformados, le pusieron esposas en sus alas y se lo llevaron detenido para ser juzgado por el mirlo y el ruiseñor a la mayor brevedad posible, bajo los cargos de malacrianza y capricho con envidia asesina, egoísmo con alevosía, pereza incorregible, con la circunstancia agravante de ser un glotón insaciable. Todos los demás pájaros le dirigieron miradas de reprobación y desprecio. Habían quedado sobrecogidos por la denuncia del valiente verderón. Varios, en ese momento, cayeron en la cuenta de que muchos de sus pichones habían sido víctimas de este asesino serial, el cucú. También ellos habían encontrado a sus polluelos tirados y, con horror, se habían preguntado:

—¿Quién lo habrá hecho?

Jamás imaginaron que en el nido, recién nacido, estaba comiendo y durmiendo, el asesino. Y entre ellos susurraban:

—Verdaderamente este pájaro tiene el Cuernovirus en su corazón.

—Señores —dijo el Águila, mirando a cada uno a la cara— el que esté libre de culpa que le tire al cucú la primera pedrada. Este crimen no solo sucede con las familias

en sus casas. También ocurre entre obreros en las fábricas.

—Pues yo vi cómo lanzaban a un pobre marinero desde un barco a lo más profundo del mar—terció la gaviota que tiene fama de idiota, tal vez por ser liberal.

—¡Y en las oficinas y en las aulas!—agregó el carbonero.

—¡En los talleres y las fábricas!—el carpintero acotó sin dudarlo.

—Y en las parroquias y los conventos—añadió el búho ermitaño que desde la sacristía estaba enteradísimo de todo lo que sucedía en el ámbito clerical, ya que la maldad es más perniciosa allí donde la envidia se reviste de justicia o caridad.

—Y en los equipos de fútbol—apostilló finalmente un pollito que jugaba de portero— Entonces su papá, el gallo, lo cogió de la cresta y se lo llevó castigado al gallinero, porque los niños no deben interrumpir la conversación de las personas grandes.

—Queridos amigos—afirmó el Águila— una cosa está clara: si no impera la justicia ni reina la caridad, lo que se impone entonces es la ley del más fuerte que rige en la selva, y esto no es otra cosa, señores, que el fin de la civilización, la muerte de la Cristiandad.

Un buitre calvo y sesudo, que nervioso acomoda con demasiada frecuencia sus gruesas gafas sobre su pico, ha sido nombrado de oficio para defender al acusado. No será nada fácil para este pájaro abogado defender la causa del cucú, aunque conoce bien el negocio y le sobra experiencia. Se esperan para el día siguiente un alud de demandas, y ya se discute si el cucú será castigado con pena de muerte o cadena perpetua; eso en el caso de beneficiarse del indulto real otorgado muy ocasionalmente, el Viernes Santo, por el Águila Coronada. Entre ellos hay debates apasionados sobre si merece morir en la

horca, fusilado, o desplumado, asado o cocido o en última instancia, devorado por el gato.

—Para concluir—dijo el verderón, sobreponiéndose al impacto emocional de su propio relato—quiero que todos los niños que estáis en vuestras jaulas, sepáis que vuestros papás tenemos un corazón muy grande, en el que aunque el nido pueda ser pequeño, cabéis todos. Y es muy triste ver que entre vosotros pueda haber niños que se comportan como el pichón de cucú. Los papás queremos que seáis generosos, viváis en armonía y así os cuidaremos a todos hasta que podáis volar.

Y enjugando sus lágrimas con la puntita del ala, volvió a su lugar. Luego de esta accidentada intervención tomó el Rey la palabra y les aconsejó:

—Para ser buenos ciudadanos, primero debéis aprender a ser buenos hermanos, luchando contra la maldad que, todos tenemos desde el pecado original, pues llevamos en el corazón, en mayor o menor medida, la mala levadura del egoísmo, fermento de los pecados, pero si sois generosos un día podréis sentir que es muchísimo más reconfortante dar que recibir. Y quiero contaros —continuó el Águila—para que todos lo conozcáis y lo grabéis en vuestros corazones, el ejemplo admirable de un ave que vive cerca de ríos caudalosos y selvas tropicales. Tuve ocasión de saludarla al venir hacia aquí atravesando el bosque donde habita: es el pelícano. Gracias a su ejemplar comportamiento, pude entender todo lo que es capaz de hacer un padre por amor a sus hijos, pues el pelícano por sus crías es capaz de dar su propia sangre, de inmolar su vida, para satisfacer las necesidades de sus pichones, hasta llegar a entregarse en alimento para saciar su hambre. Un hijo sólo podrá saber cuán grande es el amor de un padre y una madre, el día que ellos también lo sientan, y esto sucederá únicamente cuando, en su debido momento, ellos también sean padres.

Nadie había reparado en algo que estaba a la sombra de una retama, como si fuera una piedra, inmóvil, allí estaba camuflada como si tal cosa, una tortuga que es sabia por ser tortuga, pero mucho más por ser anciana. Sentenció con voz pausada:

—Para guardarse del Cuernovirus es necesario encerrarse en casa, cerrar a todo lo malo las cinco ventanas del alma. Sabios seréis así, y viviréis muchos años si guardáis en vuestro interior aquello que el alma más ama: la vida de la gracia. Vendrán torrenciales lluvias, pero saldréis a flote en sus caudales, y las aguas revueltas os llevarán dando tumbos, muy lejos, a tierras jamás soñadas, adonde nunca se puede llegar con paso de tortuga, ni siquiera a marchas forzadas; y al final la torrentera os dejará a orillas de un zanjón, para empezar a descubrir regiones inexploradas. Sirva esto de consuelo cuando somos arrastrados por situaciones inesperadas que nos desbordan. Pero el huracán—continuó señalando la tortuga—no será vuestro único enemigo, pues también deberéis enfrentaros al puma hambriento, que con sus afilados colmillos de nácar, intentará devoraros, destrozando vuestra carcasa, para romper vuestro escudo y coraza; sin embargo, si permanecéis en vuestro interior, se dará por vencido y muerto de aburrimiento irá a saciar su hambre con otras piezas de caza. Escuchad bien lo que os digo porque es de mucha importancia, os ruego y pido que igual que yo, que soy tortuga vieja, os quedéis quieticos en lo más recóndito de vuestra casa.

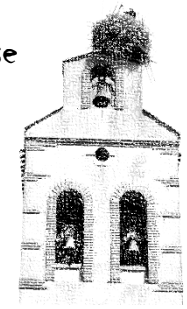
El águila añadió escuetamente:

—No tengo nada más que agregar.

Un hornero aprobó con entusiasmo y aplaudió con alborozo: agradeció aquellas palabras más que un aguacero caído en el mes de enero. Él sabe muy bien lo importante que es quedarse en el rancho cuando cae un chaparrón o sopla el pampero.

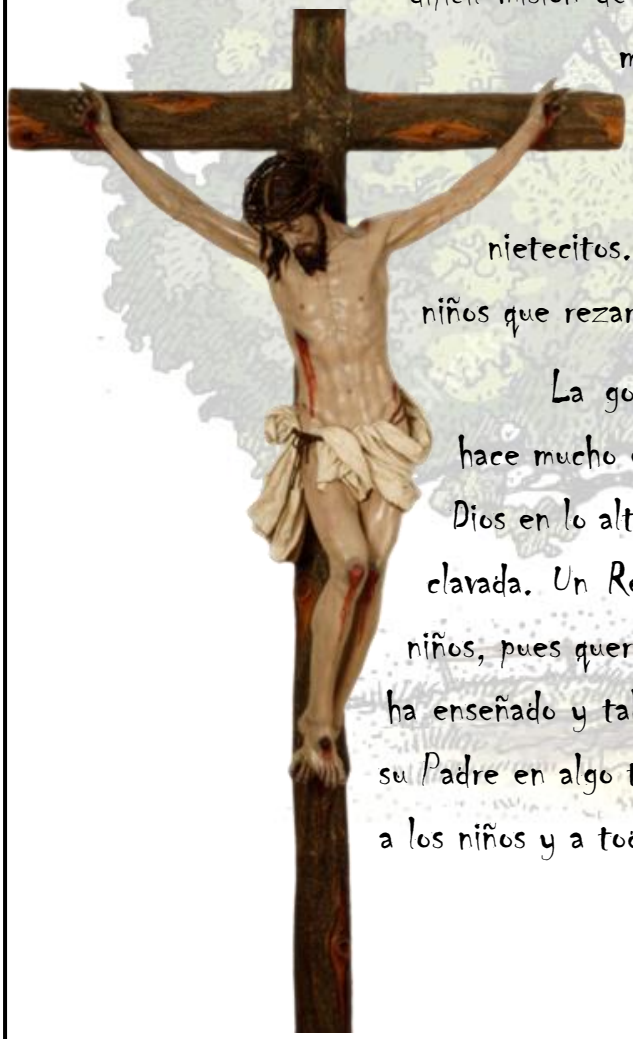
El Águila Coronada, antes de terminar el consejo, le concedió el uso de la palabra a la lechuza, pues aunque seguía escondida en el hueco del olmo viejo, al ojo del águila nada se le escapa. Salió despacio del hueco y con vuelo lento se posó en una rama más alta. Sin moverse de su sitio miró bien a su alrededor como si necesitara gafas. La lechuza es muy sabia, versada en filosofía y otras ciencias que de generación en generación les trasmiten los búhos, las lechuzas y los autillos a sus mochuelos en tertulias nocturnas e interminables charlas. Y su opinión fue que los niños están a salvo del Coronavirus en su casa, que si sus padres son responsables, muy pronto volarán lejos de sus jaulas, pero que debemos protegerlos de un virus peor, el que daña a las almas, no sea que cuando ya puedan volar lejos de sus jaulas, se hayan quedado sin las alas, las alas del alma. Y el Águila solo añadió:

—Así es, señores, la vida del alma es más importante que la del cuerpo. El cielo es para siempre, este mundo sólo dura un momento.



Entonces fue cuando la cigüeña pidió la palabra. También se manifestó muy preocupada, porque ella conoce a todos y cada uno de los niños enjaulados desde que eran muy pequeñitos, y los dejaba en la cuna embelesada. Ella está muy instruida por los sermones que le escuchó al señor Cura desde el campanario de la Iglesia durante años, hasta que callaron las campanas y considera que es muy, muy importante, que se protejan del Cuernovirus rezando el Rosario todos los días.

El águila aseguró a la cigüeña que él en persona se disponía a ordenar a los halcones, que protegieran en todo lo necesario a ella y a las demás cigüeñas, para que las ayudaran a sortear el peligro en la difícil misión de poner muchos niños en las cunas. A las mamás y a las abuelas, como contrapartida, les pidió que enseñen a rezar a sus hijos y nietecitos. Para finalizar les recordó a los niños que rezar no es dormirse en el sofá.



La golondrina les dijo que un día, hace mucho en Semana Santa, había visto a Dios en lo alto de una cruz, toda su humanidad clavada. Un Rey con una corona de espinas, que rogaba por los niños, pues quería que fueran obedientes a sus padres, según Él nos ha enseñado y tal como nos dio ejemplo, aceptando y obedeciendo a su Padre en algo tan terrible como es dar la vida en la cruz por amor a los niños y a todas las almas, y exclamó:

—Acercaos al Crucifijo que está en vuestra sala, igual que lo hizo mi tatarabuela golondrina en aquel mediodía del deicidio. De rodillas a sus plantas, no solo para dirigirle vuestras palabras, súplicas y peticiones en la oración, con ruegos y acción de gracias, sino también para escucharle. En el silencio el Verbo se hace carne, y desde lo alto de la cruz os contará sus secretos más íntimos, las confidencias divinas que revela a sus predilectos: los niños, cuando son buenos y cuando le contemplan con una mirada pura y un corazón sincero. Os ayudará mucho para pagar amor con amor, sacrificio por sacrificio, ya que ofreciéndole los vuestros, también seréis redentores de este mundo perdido. Ofreced todos y cada uno de vuestros sacrificios, en estos días desde vuestra cruz, para salvar aquellas almas que el Cuernovirus quiere condenar al fuego eterno y sus llamas.

—Hoy, —continuó la golondrina inspirada—las circunstancias piden a cada niño un sacrificio de héroe y aunque ninguno de nosotros pueda ver lo que pasa en tu corazón, tan pequeñito pero a la vez tan grande, sabemos que Dios ve todo el dolor que hay en tu interior y si ante los hombres eres un héroe, para Dios serás un santo; porque ante Dios jamás serás héroe anónimo y te sabrá recompensar con un premio tan grande y hermoso, que nadie se puede llegar a imaginar. ¡Ánimo! Esta es una oportunidad excepcional de ser héroes, de ser santos.

Y ante esto no pudo el Rey agregar nada sino que, de pronto, desde lo alto del pino el Águila Coronada se lanzó en picada hasta el suelo. Es que entre la hierba verde, oculta entre unas zarzas, acechaba escondida, agazapada, arrastrándose sigilosa una vil serpiente. Pero su mirada aguda la descubrió, y como un rayo cayó sobre ella antes que se escapara. Las uñas aceradas del Águila se clavaron como navajas en aquella carne fría, desalmada. La apresaron decididas, fuertes como tenazas, y por más que se revolvía dando coletazos y desesperada se enredaba entre sus patas, hendió su poderoso pico en la cerviz emponzoñada y así murió el Cuernovirus en las garras del Águila Coronada.

Conclusión

Moraleja

Mis queridos Niños, aunque los pajaritos no puedan acompañarnos, siempre están con vosotros los Angeles de la Guarda, porque ellos también tienen alas. Cada vez que veamos a nuestros amigos los pájaros en los montes, jardines y campos, recordemos que a cada instante tenemos aliados alados que nos quieren y acompañan. Ellos, que permanecen siempre junto a vosotros, están viendo constantemente el rostro de Dios. Y así como los pajarillos alegran nuestros oídos con sus trinos y gorjeos, y nuestra mirada con sus vistosas formas y colores, imaginad un momento, dándole alas al alma, volad hasta el cielo y cerrad vuestros ojos para contemplar lo maravilloso que va a ser cuando veamos los nueve coros angélicos, que son más numerosos que todos los pajaritos de la tierra, y que cantan día y noche alabanzas a Dios... ¡Santo, Santo, Santo es nuestro

Dios! Circundan en todo momento el trono de la Divina Majestad, a quién ofrecerán vuestras plegarias y sacrificios; pedirán todo aquello que sea necesario, porque valéis vosotros más que muchos pajarillos4. Ellos os ayudarán a ser buenos, a rezar todos los días, por la noche y la mañana, y a ofrecer todos los sacrificios por las almas más necesitadas.

Y vuestras almas también se elevarán con los ángeles hasta el cielo. Mantendrán al Coronavirus lejos de vuestras casas y al Cuernovirus bien lejos de vuestras almas. "Sobre todo tened caridad los unos con los otros5". Porque, a la corta o a la larga, la caridad siempre triunfa; esto nos enseña el Águila y es lo que nos pide la Virgen Inmaculada, la que con su pie descalzo aplasta la serpiente y ofrece a los niños buenos el refugio de su Corazón para protegerlos del Cuernovirus. De ése, y de todos los enemigos "al fin mi Inmaculado Corazón triunfará".

Os quiere mucho y bendice, vuestro:

Padre José Ramón Ma. García Gallardo.

1) Mt XXIII-37: ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos, y tú no quisiste!

2) Jn VIII-44: Ustedes tienen por padre al demonio y quieren cumplir los deseos de su padre. Desde el comienzo él fue homicida y no tiene nada que ver con la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, habla conforme a lo que es, porque es mentiroso y padre de la mentira.

3) Rom. VIII 22: Sabemos que la creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto.

4) X- 31 No teman entonces, porque valen más que muchos pájaros.

5) I Ped IV-8.

Pelayos

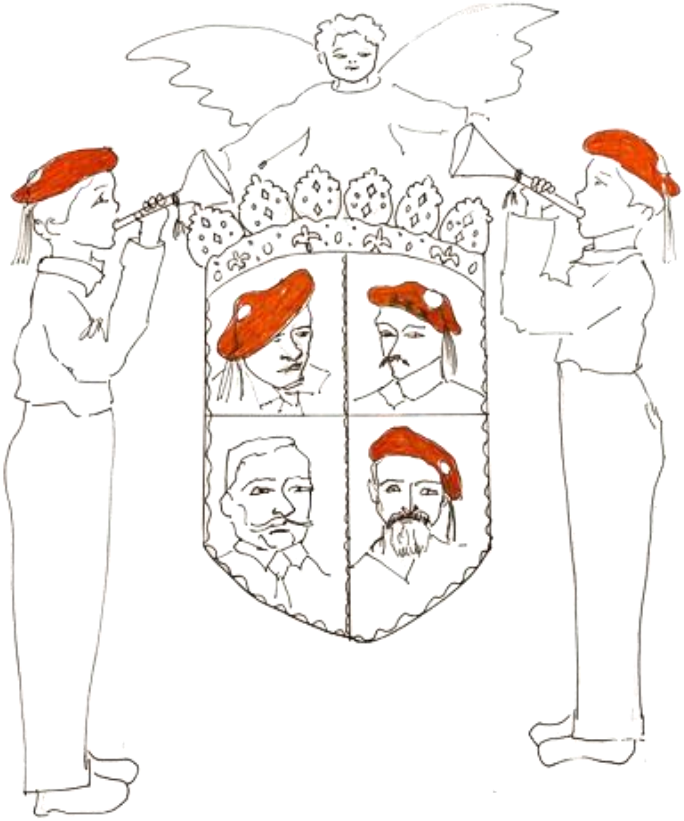
Las Aventuras de Clara y Santiago

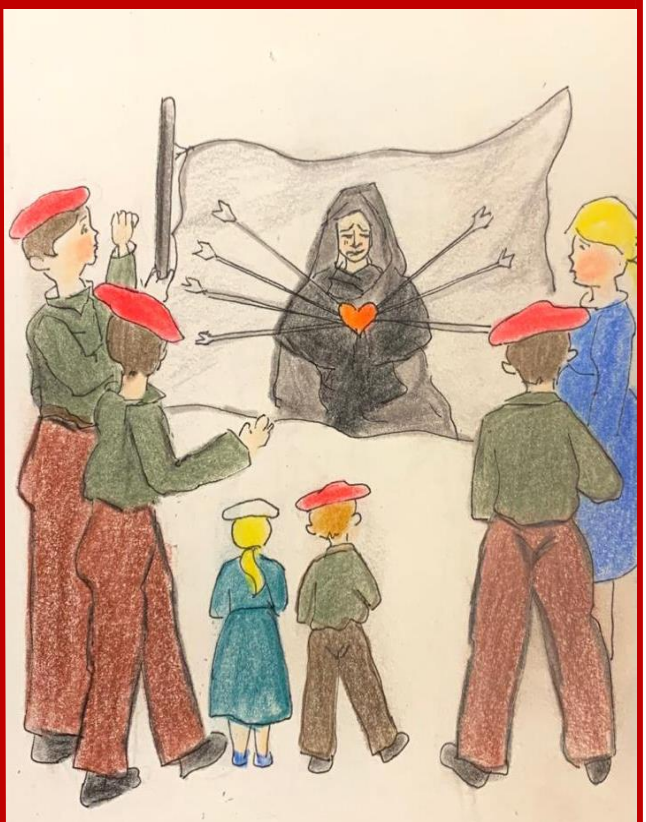
Corre Santiago con el nuevo número de Pelayos. Quiere preparar con su hermana y sus amigos la Fiesta de los Mártires de la Tradición, y así vivir mejor la Semana Santa que ya se acerca.

Clara siempre mira por su hermano. Sabe que todo lo hace muy deprisa y, a veces, se le olvida organizar. ¡Menos mal que hay una Margarita!

Aún recuerda lo bien que celebraron el día de la Monarquía Tradicional, el 6 de enero. Y como el Rey, D. Sixto, les felicitó la Navidad.

Fue muy emocionante el hacer un dibujo de todos los reyes de España. Hasta sus amigos se unieron comprando cartulinas y rotulador rojo para las boinas





Pensaron reunirse con sus amigos y hermanos, grandes y pequeños, para hacer algo en Semana Santa, y celebrar antes los Mártires de la Tradición, el 10 de marzo, como dejó mandado el Rey Carlos VII. Porque…

…nos enseñan a todos el esfuerzo y la entrega, la obediencia y el sacrificio que no debemos olvidar.

Clara y Santiago siempre se lo dicen a sus amigos, y les hablan de los mártires, porque Dios sabe sus nombres; que es lo más importante.

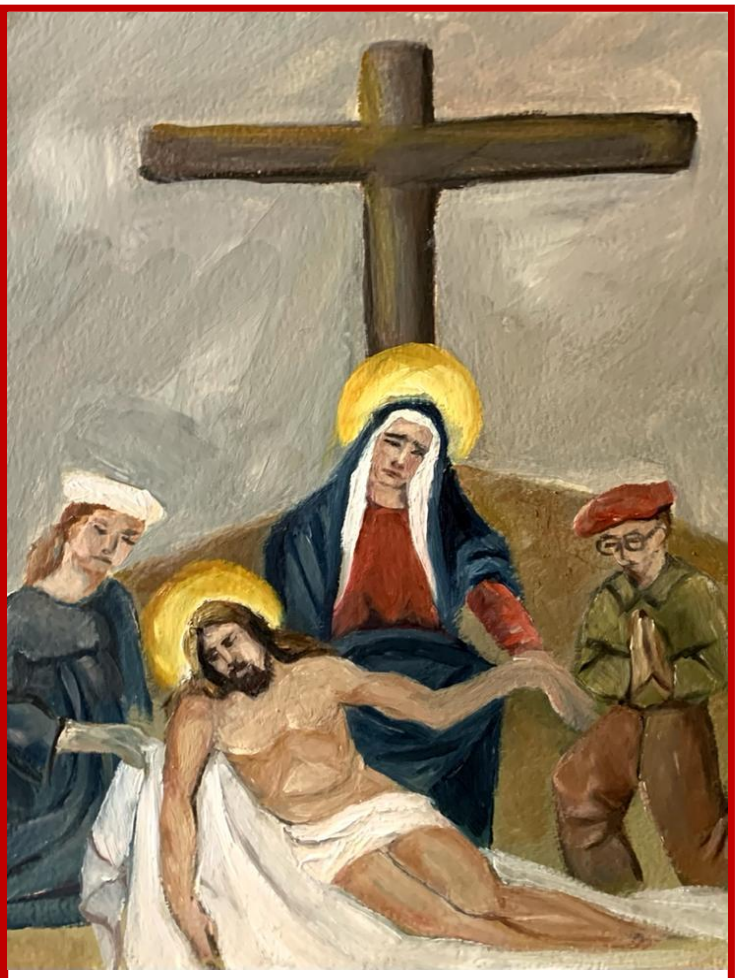
Nos confesamos primero para comulgar en gracia en la Santa Misa por todos aquellos que han muerto por Dios, la Patria y el Rey.

¡Cómo nos gusta volver a leer el «Saluda» de nuestro Capellán!

Porque somos Pelayos y Margaritas, llamados a salvar las Españas

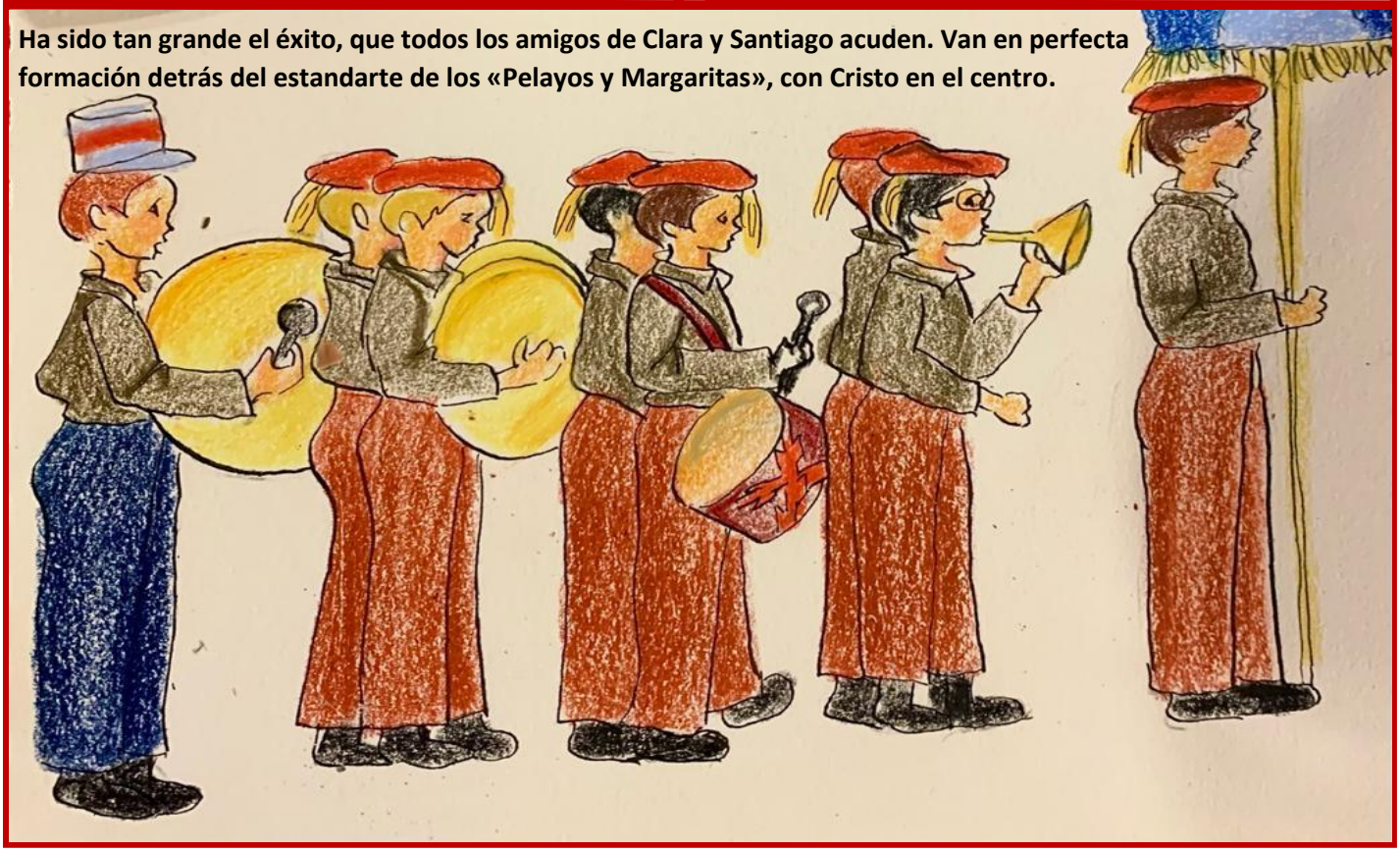
Así que fundaron en su ciudad la Cofradía de Pelayos y Margaritas.

Santiago lleva el estandarte que ha hecho Clara, donde está Cristo Rey, la Cruz de Borgoña y ¡su nombre!



Porque Clara y Santiago han decidido entregar sus vidas por Cristo y su Reino. No abandonarlo jamás, fieles a la Virgen María. Sabiendo que bajo la bandera de la Santa Causa llegarán a devolver a Dios su Altar y al Rey su Trono.

Ha sido tan grande el éxito, que todos los amigos de Clara y Santiago acuden. Van en perfecta formación detrás del estandarte de los «Pelayos y Margaritas», con Cristo en el centro.



Clara y Santiago han juntado a todos sus amigos.

Y así, en procesión, sacan los Pelayos y Margaritas a Cristo. Dando ejemplo de silencio, devoción y disciplina.

Y cuando les preguntan porque lo hacen, responden todos a una: ¡somos carlistas!

Las Españas

Ya habían terminado de comer y de recoger la mesa. Su madre, tras haber ayudado, ya les permitió poder hacerle preguntas a D. Ignacio:

- Ahora sí le podéis preguntar, pero sin abusar.

- Gracias mamá, soltó, sin apenas esperar, Santiago.

Casi arrastrando de las manos a D. Ignacio, le pidieron los dos hermanos que se sentara en el sillón del salón frente al sofá, para así poder ellos escuchar con todo detalle. El amigo de sus padres sonreía esperando el interrogatorio, pero con los nervios, ninguno era capaz de decidirse. Jarrón, sentado, miraba fijamente a D. Ignacio, porque intuía que allí iba a pasar algo grande, y no se lo quería perder.

Las campanas de la parroquia cercana rompieron el silencio, dando pie a D. Ignacio a comenzar, visto que sus dos pequeños oyentes no se decidían.

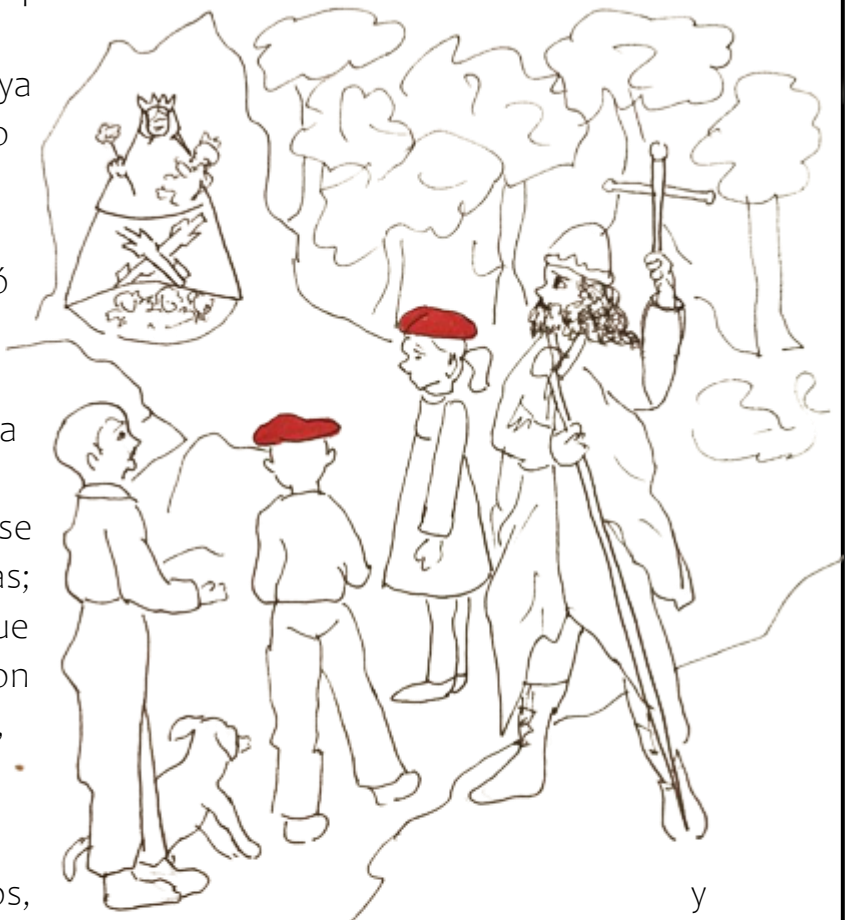
- ¿Sabéis porque podemos oír las campanas sonar?
- ¡Porque las tocan!, replicó rápidamente, y sin pensar, Santiago.

Clara no pudo evitar mirar a su hermano, que, con el rostro sorprendido, reconocía haber dicho una obviedad.

- Porque la Virgen María, Nuestra Señora de Covadonga, ayudó a D. Pelayo a la Reconquista de España, que estaba ocupada, casi entera, por los moros.
- Claro, replicó Santiago para enmendar su anterior intervención.
- Desde tierras asturianas, desde la Cueva de la Virgen, y Ella como cabeza del pequeño ejército liderado por el rey D. Pelayo, los españoles volvieron a reconquistar toda España. Desde un angosto valle, flanqueado por abruptas colinas y con frondosa vegetación, allí vencieron por primera vez a los moros

que, huyeron despavoridos, y con la sorpresa de haber sido vencidos por tan pocos. Aún no sabían – proseguía D. Ignacio – que España estaba destinada a ser tierra mariana, y que la Virgen María estaba al frente de nosotros.

- ¿Y acabamos con todos ese día?, se impacientaba Santiago.
- Nos llevó casi ocho siglos, le respondió D. Ignacio.
- ¡Puf!, se le escapó a Clara, que ya esperaba que fuera todo mucho más rápido.
- ¿Sólo veis eso, mucho tiempo?
- ¡Ochocientos años!, suspiró Santiago, derrumbándose sobre el sofá como si aquello fuera una derrota más que una victoria.



- Seguramente esperabais que fuese en hora y media, como las películas; pero las grandes hazañas, las que construyeron a España, llevaron mucho tiempo, mucho esfuerzo, oración y heroicidad. Fijaos …, añadió haciendo una pausa.

Ambos hermanos abrieron bien los ojos, y Santiago se volvió a incorporar.

- Durante ochocientos años, los españoles sabían que esta tierra era suya, que la Virgen de Covadonga estaba siempre con ellos y que, aunque hubiera derrotas, la victoria final sería nuestra. No les importó no ver la Toma de Granada, cuando ya expulsamos a los últimos moros; porque sabían que el Señor les pedía luchar en el momento en que vivieron.
- ¿Y nunca pensaron que faltaba mucho? Yo me canso de esperar; se sinceró Clara.
- Nunca abandonaron: hicieron lo que tenían que hacer en el momento que les tocó. Si ellos no lo lograban, sabían que ayudaban a que sus hijos sí lo lograran, o los hijos de sus hijos. Y que, si ellos no luchaban, no rezaban, no eran fieles a España, España no existiría.

- ¡Qué valientes!, exclamó Clara, mientras Jarrón respiraba la tensión que había, y se unía al momento poniéndose de pie y moviendo el rabo con brío.
- Entonces – dijo pensativo Santiago – nosotros les debemos mucho.
- ¡Cierto!, exclamó D. Ignacio.

La afirmación hizo dar un brinco a Jarrón.

- Por eso, como Margarita y Pelayo, tenéis la misma responsabilidad que todos aquellos que lucharon durante ochocientos años en la Reconquista.

La sorpresa ante tanta responsabilidad fue mayúscula. Jamás habían imaginado ser tan importantes.

Mientras, D. Ignacio, con una mano acariciaba la cabeza de Jarrón y con la otra colocaba su boina roja en la mesita próxima al sillón.

Clara y Santiago se levantaron corriendo y fueron cada uno a su habitación.

-Sin correr, les indicó su padre. ¿Te están molestando mucho?, le preguntó a D. Ignacio.

- En absoluto.
- ¡Ya la tengo!, ¡ya la tengo!, se oía al final del pasillo, a los dos hermanos.

Y corriendo volvieron a sentarse en el sofá, luciendo cada uno su boina y una estampa de la Virgen, que depositaron en la mesa de centro.

- Somos como los españoles de la Reconquista.
- Sí, pero después de que Ignacio y nosotros tomemos el café, aclaró su madre, mientras traía la bandeja con tazas, una cafetera y unas pastas que había hecho Clara con su madre por la mañana.

Si los españoles lucharon ochocientos años, a Clara y Santiago no les importaba esperar unos minutos para seguir escuchando a D. Ignacio.

Jarrón ya estaba preparado para reconquistar lo que fuera necesario.

Madre de La Hispanidad

Nuestra Señora de Luján

En el año 1630, Antonio Faría de Sá, un hacendado portugués de Sumampa, jurisdicción de Córdoba del Tucumán, pidió a un amigo suyo, Juan Andrea, marino, que le trajese del Brasil una imagen de la Concepción de María Santísima con el propósito de venerarla en la Capilla que estaba fabricando en su estancia. Juan Andrea cumplió el encargo y le trajo no una, sino dos imágenes de Nuestra Señora, que llegaron al puerto de Buenos Aires. Una, según el pedido, era de la Purísima Concepción; la otra, del título de la Madre de Dios con el niño Jesús dormido entre los brazos. Desde luego entendieron los arrieros tal disposición del Cielo de que la imagen de la Virgen encerrada en tal cajón

debía quedarse en aquel paraje y así siguieron con la otra a su destino.

Ambas imágenes fueron colocadas en dos cajoncillos y subidas a una carreta. Al llegar a las orillas del Río Luján, en la estancia de Rosendo, los troperos se detuvieron allí para pasar la noche.

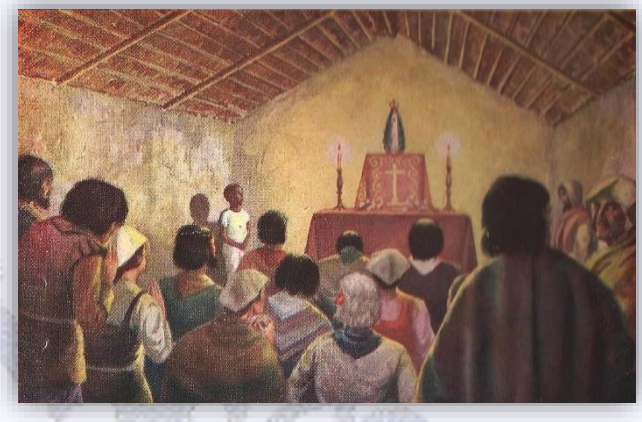
Al día siguiente, una clara mañana de mayo, queriendo proseguir el camino no pudieron mover la carreta. Admirados declaró el conductor del convoy: *«Aquí vienen dos cajones con dos bultos de la Virgen, que traigo recomendados para una capilla de Sumampa»*.

Cuando abrieron el cajón, hallaron una bella imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de media vara de alto y con las manos juntas ante el pecho. Luego de venerar la Santa Imagen la llevaron en procesión a la casa de Rosendo y sus dueños le levantaron un humilde altar.

Fue entonces cuando un joven negro llamado Manuel- dijo: *«Sáquese de la carreta uno de los cajones y observemos si camina»*. Así se hizo, pero en vano. *«Trueéquense los cajones»*, replicó él mismo. Entonces ocurrió que al cambiar los cajones y al tirar los bueyes la carreta se movió sin dificultad.

La Imagen de Nuestra Señora estuvo por algún tiempo guardada y venerada en la pequeña habitación de la casa de campo del Rosendo, adornada ahí con todo el decoro y respeto posible. Pero muy pronto los dueños de la estancia quisieron levantar a

la milagrosa Imagen una Capilla que estaría lista a mediados del año 1633. La llegada de peregrinos ya era incesante, sabedores de las gracias que dispensaba Nuestra Madre. Por ello fue abierta a todos los que a allí llegaban.



Naturalmente, al principio su construcción fue muy rústica y no pasó de ser un modesto rancho, con paredes de barro, techo de paja y piso de tierra y por todo lujo un revoque de blanqueo; y el pequeño altar tuvo una gran sencillez, pero arriba del mismo estaría colocada la Santa Imagen. La Capilla o Ermita de los Rosendo no tendría más de cinco varas de largo por tres de ancho.

El mercedario Pedro de Santa María nos cuenta: *«la Santa Imagen estuvo en lo de dicho Rosendo, en un Oratorio muy corto y muy venerada la Imagen de todo el Pago. Y dicho Rosendo dedicó un negro llamado Manuel al culto de la Imagen, quien cuidaba de la lámpara de dicha Señora, que incesantemente ardía».*

Ya en el año el año 1671, Doña. Ana de Matos, mujer acaudalada de Buenos Aires, que conocía muy bien el milagro de Luján, dolorida por el abandono en que estaba quedando la Santa Imagen, se acercó al Cura de la Catedral, Presbítero D. Juan de Oramas, medio hermano del Pbro. Diego Rosendo de Origueros, para pedírsela o comprársela.

Debido a la soledad de los campos y sin materiales convenientes no fue fácil construir una Capilla por lo que se procuró un modesto Oratorio, junto a la casa de Doña Ana Matos.

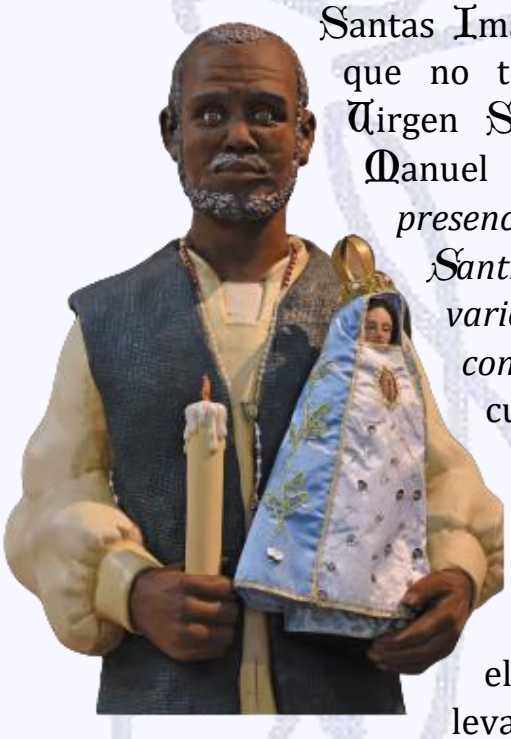
Al cuidado del culto fue puesto Manuel, su fiel servidor. Hacia el año 1677 empezó la obra de la Nueva Capilla construida con material de ladrillos cocidos y se concluyó hacia 1685 celebrando la colocación de la Imagen en su nicho.

El traslado, desde la antigua ermita hasta la casa de doña Matos se cumplió cerca del 8 de diciembre, como preparación a una nueva celebración de la Purísima Concepción. Participaron el Obispo de Buenos Aires (1646-1673) y el Gobernador Martínez de Salazar. El 2 de octubre de 1682 doña Ana dona tierras a la Santa Imagen de Luján en estos términos: *«Porque tengo mucho amor a la advocación de Nuestra Señora de la Limpia Concepción y a su Santa Imagen hago gracia y donación a dicha Imagen de todo el sitio que necesitare para la fábrica de su capilla…».* Hace la donación con la condición de que la Imagen ha de estar perpetuamente en dichas tierras; así se convertía en oficial y pública la Capilla de Nuestra Señora al pasar al dominio de la Iglesia la posesión de ese lugar sagrado y también daba origen y fundamento a la verdadera fundación de la actual ciudad de Luján.

¿Y quién era Manuel? Rosendo dedicó a Manuel el culto de la Imagen quien había sido testigo del milagro. Hacia el año 1638

contrae matrimonio con una mujer criolla, llamada Beatriz, esclava de la familia González Filiano. El matrimonio fue celebrado en la humilde Ermita de la Concepción del río Luján. Beatriz fue una fiel compañera del negro Manuel y lo secundó plenamente en el empeño por mantener vivo el culto a la Santísima Virgen en la apartada Ermita de Rosendo. Beatriz falleció antes de 1670.

Del Negro Manuel, dicen las crónicas hacia el año 1648, que era de *«una rara calidez y simplicidad»* y que cumplió fielmente el encargo que recibiera de su primitivo amo, el conductor de las Santas Imágenes, al decirle «que era de la Virgen y que no tenía otro amo a quien servir que a la Virgen Santísima». Por su fe en Dios el negro Manuel *«con el sebo de las velas que ardían en presencia de la Santa Imagen de María Santísima obraba prodigiosas curaciones en varios enfermos que de partes diferentes concurrían a la Capilla»*: Tales curaciones las cumplía el negro esclavo sin llamar la atención de nadie, más que de la gente sencilla y devota de la Santa Virgen.



Hacia 1681, cuando todavía la Santa Imagen de la Virgen se hallaba en el Oratorio de Doña Matos y se estaba levantando la Capilla, ocurren hechos milagrosos sobre el negro Manuel que hallaba a la Virgen Santísima llena de rocío muchas mañanas, y con abrojos en el vestuario, y que empezaba él a decirle que qué necesidad tenía de salirse de su nicho, siendo poderosa para obrar cualquier maravilla, sin salirse de él. Y también esta otra frase que se le apropia *«¿Cómo es que sos tan amiga de los pecadores, que salís en busca de ellos, cuando ves que te tratan tan mal?»*

Su muerte acaeció probablemente en 1686. *«Murió el Negro Manuel en santidad, por cuyo mérito es tradición que logró su cuerpo sepultura detrás del Altar Mayor del Santuario, descansando a los pies de su bien amada Imagen de Nuestra Señora de Luján».*

«El negro Manuel vestido de un costal a raíz de las carnes, y criando barba larga a manera de ermitaño, ayudó no poco a la prosecución de la obra de la Capilla, y después continuó en servicio de la gran Señora hasta la ancianidad decrépita. Hallándose en la última enfermedad dijo un día que su Ama le había revelado que había de morir en viernes y que el sábado siguiente lo llevaría a la gloria. En efecto, su muerte aconteció el día mismo que había dicho».

Por el año 1684 sucedió que el Padre Pedro Montalbo enfermó gravemente de unos ahogos asmáticos que en poco tiempo le redujeron a tísico confirmado. Fue entonces cuando decidió ir a visitar a Nuestra Señora con ánimo de vivir o morir en su compañía.

Poco antes de llegar a la vivienda de doña Matos, era tan mal el estado en el que se encontraba que lo dieron por muerto. Lo llevaron como pudieron y el negro Manuel le ungió en el pecho con el sebo de la lámpara y de esa manera volvió en sí. Luego le dijo que creyese que se iba a sanar perfectamente de su enfermedad, porque su Ama (así llamaba a la Virgen) lo quería como su primer Capellán, y que así había de suceder.

Luego, Manuel, tomó de los abrojos que solía guardar al despejarlos del vestuario de la Imagen, los mezcló con un poco de barro que sacudía de sus fimbrias, y realizó un cocimiento. Se lo dio de beber al Padre Pedro en nombre de la Santísima Virgen y con solo este remedio quedó libre de sus ahogos y enteramente sano. En agradecimiento don Pedro se quedó como Capellán de la Virgen y la sirvió diez años continuos con singular devoción y esmero, asumiendo la construcción de la capilla.

Así, el nuevo Capellán prosiguió la obra con tal empeño que en 1685 la Imagen fue colocada en la nueva Capilla, conocida como la Capilla de Montalbo.

Murió el 1 de febrero de 1701. En sede vacante, el Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires creó el 23 de octubre de 1730, la parroquia de Nuestra Señora de Luján. Como primer párroco fue nombrado el doctor José de Andújar, quien ya actuaba como

colaborador en esta Capellanía. Permaneció hasta 1738, año en que pasó a la Catedral de Buenos Aires.

Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

La fiesta de los Mártires

Sublime idea la de Don Carlos VII al instituir la fiesta de los mártires de la Tradición, que celebramos todos los años el día 10 de marzo.

Los héroes honran las páginas de la historia con sus hazañas. Los mártires las depositan ante el Tribunal de Dios para santificarlas.

En cada héroe alienta el alma de un mártir, en cada mártir el espíritu de un santo, en cada santo la Causa por la que se ha sacrificado.

Millares de héroes ha cobijado la bandera de Dios, Patria y Rey desde Covadonga hasta Granada, desde el Bruch a Bailén, desde Eraul a Somorrostro, y millares de combatientes ganaron las palmas del martirio por mantener impávidas su fe y su lealtad.

Honremos a los héroes y glorifiquemos a los mártires.

Para esto se instituyó la fiesta del 10 de marzo. Este objeto quiso su augusto fundador que tuviera, y debemos cumplirlo fielmente.

Lo menos que exige la gloriosa memoria de los que nos precedieron en el camino del deber, el amor y el sacrificio en aras de la Causa católica monárquica, de la que fueron excelsos representantes Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Jaime I, Alfonso Carlos I y Javier I, y que hoy está encarnada en Don Sixto Enrique de Borbón, es conmemorar sus hechos, no a título de vanidad, como suelen hacerlo muchos que ostentan ilustres abolengos sin tratar de imitar en nada a sus antepasados, sino caldeando nuestras almas al fuego de aquellas hazañas, para poder emular un día, que ha de llegar forzosamente, el heroísmo y lealtad que nos legaron nuestros padres.

Suprimid ese noble estímulo que sirve de acicate a nuestras obras, y habremos borrado en un día con mano parricida las glorias de nuestros mayores.

Por ellos debemos elevar oraciones en los templos, y por ellos y nosotros estamos obligados en la calle, en la tribuna, en la prensa, a propagar los santos ideales a los que consagraron su existencia entera, ni debemos olvidar tampoco que, si el sacrificio de la propia sangre por una Causa noble purifica y enaltece, el egoísmo, que es el frío del alma, oprime y envilece.

Un partido que cuenta entre millares de héroes y mártires anónimos, a sus propios excelsos Caudillos y a jefes y oficiales, que han dejado perdurable huella en la historia, no puede ser combatido por egoísmos enervantes, ni por personalidades disolventes.

Las legiones legitimistas españolas, vanguardia de la Religión y de las tradiciones patrias, no han sido, no son, no pueden ser egoístas, como no lo fueron las que dirigieron en memorables combates sus Caudillos fenecidos.

El egoísmo es patrimonio de espíritus escépticos, y nosotros sentimos profundo amor por los santos lemas de nuestra bandera.

Debemos conmemorar abnegaciones augustas y sacrificios personales de la gran familia tradicionalista; debemos llegar al borde de las tumbas de nuestros mártires con el corazón purificado, la mente sana y la memoria fija en los que nos enseñaron el camino del honor salpicado de su propia sangre.

Como los antiguos guerreros velaban sus armas antes de ceñirlas para el combate, nosotros debemos velar las nuestras antes de cerrar contra los enemigos de Dios, la Patria y el Rey.

Los tiempos son rudos y con grandes peligros, y por esto debemos recordar, para caldear nuestros entusiasmos, aquellas leyendas homéricas escritas con buriles de acero en Oriamendi, Barbastro, Somorrostro, Lacar, Alpens, Daroca y cien combates más.

Así como templa el espíritu para el trabajo intelectual la lectura escogida apropiada al caso, de igual modo levantan los corazones los recuerdos gloriosos.

Festividad instituida en 1895 por el Rey Don Carlos VII, en carta desde su exilio en Venecia a su Jefe Delegado, el Marqués de Cerralbo:

«una fiesta nacional en honor de los mártires que, desde principio del s. XIX, han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey, en los campos de batalla, en el destierro, en los calabozos y en los hospitales; y designo para celebrarla el día 10 de marzo de cada año, día en que se conmemora el aniversario de la muerte de mi abuelo Carlos V».

«Debemos procurar sufragios a las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular, y honrar su memoria de todas las maneras imaginables, para que sirvan de estímulo y ejemplo de los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor a Dios, a la Patria y al Rey».

¡Sabías qué?

Mártires de la Tradición

El día 10 de marzo fue escogido por Carlos VII por ser el aniversario de la muerte de su abuelo Carlos V, para instituir la festividad para honrar la memoria de «*los mártires que desde principio del siglo XIX han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey*»:

¡Cuántas veces encerrado en mi despacho, en las largas horas de mi largo destierro, fijos los ojos en el Estandarte de Carlos V, rodeado de otras 50 banderas, tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, evoco la memoria de los que han caído como buenos, combatiendo por Dios, la Patria y el Rey!

Los Ollo y los Ulibarri, los Francesch y los Andéchaga, los Lozano, los Egaña y los Balanzátegui, nos han legado una herencia de gloria que contribuirá, en parte no pequeña, al triunfo definitivo que con su martirio prepararon.

Al fin cada uno de esos héroes ha dejado en la historia una página en que resplandece su nombre. En cambio, ¡cuántos centenares de valerosos soldados, no menos heroicos, he visto caer junto a mí, segados por las balas,

besando mi mano como si en ella quisieran dejarme con su último aliento su último saludo a la patria! ¡A cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía! ¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras!

Todos morían al grito de ¡viva la Religión!, ¡viva España!, ¡viva el Rey!

El Portero del Cielo, amigo de los carlistas

¡Veteranos, Margaritas, Jóvenes carlistas y «Pelayos»! ¡Escuchad con atención!

Vosotros, por ser católicos – y también por ser tradicionalistas, y si cumplís como tales, – os habéis conquistado un billete de entrada al reino de los Cielos, vais a saber lo sucedido en las puertas de la celestial mansión entre un alma y el Portero Mayor, el bondadoso San Pedro…

I

Don Nicolás Mussol y de la Batlloria, dueño de una grandiosa fábrica de Barcelona, famoso propietario y poseedor de una cuantiosa fortuna, acababa de estirar ambas patas. Delante de la puerta de su regia mansión, situada en uno de los barrios

privilegiados de la ciudad de Barcelona, estaban esperando el cadáver algunas docenas de curas, una hilera interminable de monaguillos con luces encendidas y el lujoso coche fúnebre con los cocheros emplumados y los palafreneros con sus pelucas empolvadas. Y mientras los centenares de conocidos o no conocidos iban detrás del coche hablando o murmurando sobre las inmensas riquezas del muerto, el alma de don Nicolás subía a las regiones etéreas y se plantaba orgullosa ante las mismísimas puertas del Cielo.

- ¡Pim, pam, pum!
- ¿Quién llama? – dijo una voz argentina desde dentro.
- Yo, don Nicolás Mussol y de la Battloria, marqués de Corró d'Avall.
- ¿Qué se le ofrecía?
- ¿Está San Pedro?
- Está tomando chocolate y tendrá usted que esperar un momento.
- Bueno, esperaré; pero no deje usted de anunciarle a San Pedro que está aquí esperándole el señor don Nicolás Mussol y de la Batlloria, grande de España hace bastante tiempo, amo de la fábrica de panas mayor de Cataluña, soltero, de sesenta años de edad, con cédula de primera clase, domiciliado en el punto más espléndido del Paseo de Gracia de Barcelona…
- Bueno, sí; le diré todo eso, y más… pero tenga usted la bondad de sentarse…

II

Sentóse don Nicolás el primerito junto a las puertas del Paraíso para ganar enseguida la entrada en cuanto San Pedro terminara su chocolate.

Al poco rato llegó allí también un pobre viejo, flacucho y con cara de santo, que a la legua se veía que en el mundo había sufrido grandes quebrantos y no andaba muy bien de ropa. Se hizo también anunciar y San Pedro ordenó al ángel-ayudante que inmediatamente le hiciera pasar; y pasó. Extrañó mucho don Nicolás que aquel pobre y mísero viejo, que acababa de llegar, hubiera sido preferido a él; y, amostazado, tanto por eso como porque soplaba allá un aire fresco, y él estaba acostumbrado en su casa y en su despacho a la calefacción central, volvió a llamar a la puerta y gritó impaciente:

- Pero ¿ha pasado usted recado a San Pedro que está aquí don Nicolás Mussol y de la Batlloria, propietario, hacendado y amo de la fábrica más…

- Sí, señor, sí; y me ha dicho San Pedro que tenga usted la bondad de aguardar un rato.

- ¡Carambra! es que hace ya…

Y se volvió a sentar, y a esperar, refunfuñando, a que San Pedro le hiciera pasar.

En esto llegó un joven coloradote, inquieto, retozón, con un mirar algo atrevido y sonriente. El ángel-ayudante sonrió también al joven y le hizo pasar de corrido, dándole un golpecito en la espalda como si ya le fuera conocido.

A los pocos segundos, entra una señorita, que a la legua se conocía que jamás había pisado una playa de moda, tanto llevaba pegado a la barbilla el cuello de su limpio vestido de irreprochable corte. El ángel, al verla, inclinó la cabecita en señal de amoroso saludo, y abriéndole de par en par la puerta del despacho del Santo Portero, le dijo dulcemente:

- Ansiosas le esperan otras Margaritas…

Iba el ángel a entornar la puerta, cuando llegó dando saltos de alegría un jovencito, rubio como un querubín, blandiendo en la diestra una boina roja; y cuadrándose de repente como si fuera un soldado, dijo al ángel:

- ¡Presente!

El ángel sonrió; y dejándole libre el paso, exclamó:

- ¡Adelante, muchacho!

III

Vinieron entre tanto muchas otras personas, algunas de las cuales pasaron antes que don Nicolás, el cual estaba ya desesperado y aguardaba impaciente que asomara San Pedro para encararse con él y decirle no sé qué cosas…

Y allá, tarde y casi anochecido; cuando Nicolás Mussol y de la Batlloria estaba ya casi helado por el airecillo del crepúsculo, apareció el buenísimo San Pedro con sus barbas blancas, con su cabello rizado y níveo, con su mirar bondadoso, y acercándose al pomposo e ilustre fabricante le dijo:

- ¡Buenas tardes, excelentísimo señor don Nicolás!
- Muy buenas, señor San Pedro. Pero ¿usted no sabe que hace que espero aquí lo menos doce horas?
- ¿Y qué quiere usted decir con eso?
- Pues nada: que aquí han venido gentes con menos influencias y con menor porte que yo, y han pasado sin más ni más adelante, mientras que yo me fastidio aquí tomando un fresco lo menos de cinco grados.
- ¿Y usted cree, señor don Nicolás, que aquí se llega y se besa el santo sin más ni más? ¿Cree usted que aquí se mira ni los años, ni los títulos, ni las influencias, ni el barrigón de las gentes? No, señor, no; aquí se mira lo que cada cual ha trabajado por Dios y por el prójimo en el mundo. Aquí, muchas veces, casi siempre, ocurre lo que el Señor dice en el Evangelio: que en el Cielo los primeros serán los últimos, y al revés… Esos que han pasado antes que usted es que han «vivido más», mucho más que usted…

- ¿Han vivido más…? No entiendo – dijo don Nicolás.

- Sí, hombre, sí; han vivido más para Dios y para el prójimo, que es la manera única de vivir bien. Quien vive muchos años y vive solo para sí, tiene en el Cielo poca paga y poca gloria…

- Pero, señor don Pedro, será cierto lo que dice; pero mire usted que pasaron antes que yo un viejo escuálido y andrajoso, un joven desenvuelto como un capitán de compañía, una señorita que ni se dignó mirarme y un atrevido muchacho que se coló como si fuese de la casa…

- ¡Qué dice usted, don Nicolás! ¿Tendrá usted telarañas en los ojos? Sepa usted que aquel pobre viejo fue un veterano carlista, que se batió heroicamente en dos guerras, y perdió su hacienda por Dios… y por conservarle a su padre de usted su gran fábrica, y sus coches, y su dinero, aplastando la revolución que se os venía encima allá por los años de 1874 y que usted aún conserva, mientras ustedes y vuestras respetables familias vivíais y gozábais tan ricamente en la ciudad… Y ¿cómo no ha conocido usted a aquel joven desenvuelto que se batió en las calles y acorraló a los «jóvenes barbaros» cuando estos, quisieron atropellar procesiones e impedir que los amos se acercaran a sus fábricas y talleres? ¿Cómo no fue usted el que se inclinó, al pasar, ante aquella señorita que despide olor de virtud como su santa reina Margarita, y no fragancia de porquerías como tantas otras que usted conoce y yo me callo? ¿Y cómo usted, tan rico, no le dio un puñado de caramelos a ese chiquitín que por aquí pasó como un rayo, que es el muchacho más listo y más sumiso a sus padres y maestros de todos los Pelayitos que en España han sido…?

¡Vaya por Dios, don Nicolás! Deje usted que ellos vayan a recibir sin tardanza el premio merecido de Dios, ya que no han podido obtener en la tierra la gratitud de los hombres…

- Pero ¿será verdad lo que usted dice?

- ¡Vaya si lo es! Y no se amostace usted, don Nicolás Mussol y de la Batlloria si le digo que aquí se hace a todas las almas justicia seca. Aquí se mide a todas por el bien que hicieron, y hasta por el bien que dejaron de hacer. Aquí recibirá usted ni más ni menos de lo que merece… Pase usted, pues, si quiere, y siéntese allí, y empiece usted a gozar de la misericordia de Dios…

IV

Y don Nicolás Mussol y de la Batlloria no replicó una palabra más. Bajó los ojos confundido, pasó la puerta de la Gloria y se fue al lugar que le estaba preparado, que no era de gran categoría, debido a las muchas cosas que pudo hacer y no hizo, pero resignado a la lección del glorioso Portero y contento de su suerte, como todos los que, al fin, reciben la bendición de Dios.

Reinas y Princesas

Por las jóvenes Margaritas Hispánicas

Una joven Margarita en Montreal (Canadá), Marie Anne Roy, pidió al grupo de Margaritas Cordimarianas, una reunión con otras Margaritas para hablar sobre las Reinas y Princesas buenas, con virtudes y, que hicieron algo importante por su reino o país; y así comprobar que no son un cuento de hadas ni son caricaturas, que sí existieron y lo mejor, que la Religión Católica tiene ¡muchas reinas santas!

Se organizó una reunión por video conferencia, en donde trece Margaritas eligieron a una reina o princesa, y hablaron sobre sus virtudes, vida y acciones. Además, elaboraron un dibujo de la reina o princesa que eligieron.

Para comprender mejor la importancia de la Monarquía, recuerda:

La familia es la célula principal de la sociedad integrada por la madre, el padre y los hijos. Nuestros padres nos cuidan, educan, guían y nos enseñan a amar y servir a Dios, es ahí donde aprendemos la Santa religión y las virtudes. Es el lugar donde nos sentimos confiados, amados y cuidados. La familia nos cobija, apoya y nos ama.

No olvides, cómo Dios nos pide obedezcamos, respetemos y honremos a nuestros padres en el Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios.

La unión de familias, forma una sociedad. Si hay buenas familias, hay una buena sociedad.

Hace muchos años, cuando las familias eran católicas, las familias se unían y era necesario elegir a un dirigente para gobernar y, ordenar la sociedad. Así surgía una familia que dirigiría a las demás familias, y de esa familia se elegiría a quien gobernaría, y ese sería el rey.

Al ser las familias católicas, los reyes también debían ser católicos y gobernar, cuidando lo que todos los católicos debemos buscar mientras

estamos en este mundo: la salvación de nuestras almas. Así surgió la Monarquía Católica.

A continuación, podrás ver los dibujos, y leer un poco sobre la vida y virtud que más les gustó a cada Margarita sobre la Princesa y Reina que se escogieron:

SANTA ADELAIDA, Emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico VIRTUD: Mansedumbre

por Soledad Marie Koskinen Ramírez de Arellano (9 años)

De Saint Marys, Kansas (Estados Unidos)

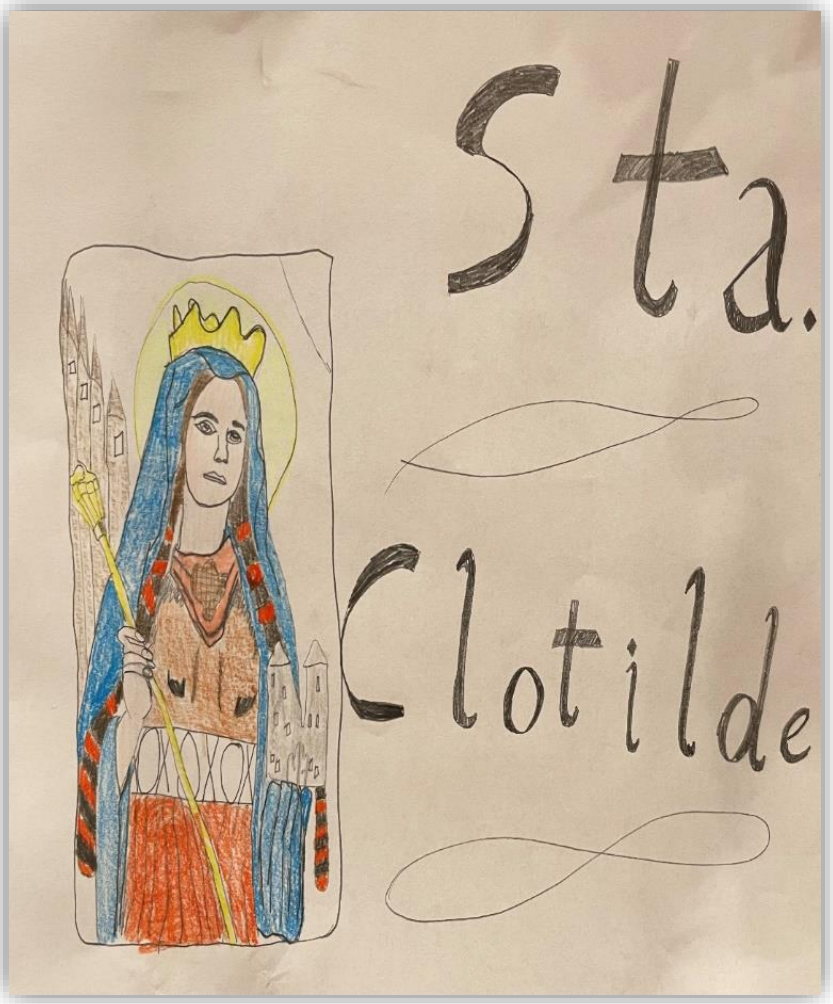
Siendo muy joven contrajo matrimonio con Lotario, rey de Italia, pero éste murió. La santa quedó viuda de 19 años. El usurpador Berengario la encerró en una prisión y le quitó todos sus poderes y títulos. Sin embargo, Berengario atacó aquel castillo y Santa Adelaida envió a sus embajadores hacia Alemania para pedir la ayuda de Otón, el Emperador. Pronto llegó éste con su ejército, derrotó e hizo prisionero a Berengario y concedió la libertad a la santa reina. El emperador alemán se enamoró de Adelaida y le pidió que fuera su esposa. Otón el grande reinó durante 36 años, y mientras tanto su santa esposa se dedicaba a socorrer a los pobres, a edificar templos y a ayudar a misioneros, religiosos y predicadores. Fundó varios monasterios y se preocupó por la evangelización de los que todavía no conocían la religión católica. Su director espiritual fue en ese tiempo San Odilón, el cual dejó escrito: "La vida de esta reina es una maravilla de gracia y de bondad". Murió el 16 de diciembre del año 999.

SANTA BRIGIDA, VIRTUD: Pudo ver a Nuestro Señor Jesucristo

por Regina de los Angles González Gutiérrez (11 años)

De Monterrey, Nuevo León (Méjico)

Esta santa y noble mujer tuvo la dicha de nacer en una familia que tenía como herencia de sus antepasados una gran religiosidad. Sus abuelos y bisabuelos fueron en peregrinación hasta Jerusalén y sus padres se confesaban y comulgaban todos los viernes, y como eran de la familia de los gobernantes de Suecia, y tenían muchas posesiones, empleaban sus riquezas en construir iglesias y conventos y en ayudar a cuanto pobre encontraban. Brígida nació en Upsala (Suecia), en 1303. Cuando apenas tenía seis años ya tuvo su primera revelación. Se le apareció la Sma. Virgen a invitarla a llevar una vida santa. Su devoción preferida será la de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Su padre la casó con Ulf, hijo de otro gobernante. Tuvieron un matrimonio feliz que duró 28 años. Sus hijos fueron 8, cuatro varones y cuatro mujeres. Una de sus hijas fue Santa Catalina de Suecia. Un hijo fue religioso. Se fue a visitar los santos lugares donde vivió, predicó y murió Nuestro Señor Jesucristo. Al volver de Jerusalén se sintió muy débil y el 23 de julio de 1373, a la edad de 70 años murió en Roma con gran fama de santidad. A los 18 años de haber muerto, fue declarada santa por el Sumo Pontífice.

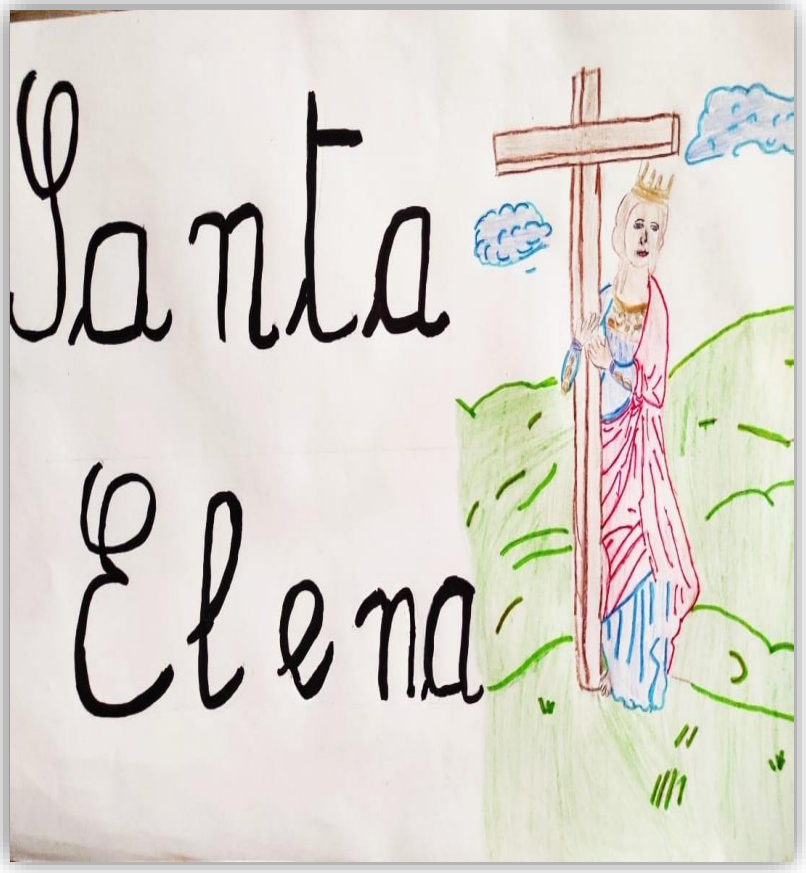


SANTA CLOTILDE,
VIRTUD: Generosidad
por Marie Elizabeth Koskinen Ramírez de Arellano (10 años)
De Saint Marys, Kansas (Estados Unidos)

Esta santa reina tuvo el inmenso honor de conseguir la conversión al catolicismo del fundador de la nación francesa, el rey Clodoveo, ya que se unió en matrimonio con él. Tuvo tres hijos, pero uno de ellos murió a los pocos años de vida. La santa oraba y pedía perseverantemente por la conversión de su esposo, el rey Clodoveo, pues éste era pagano, y se negaba rotundamente a acceder a la conversión cristiana. Cuando los alemanes atacaron a Clodoveo en la batalla de Tolbiac, el rey le pidió al "Dios de su esposa" que, si le concedía la gracia de la victoria, él se convertiría a la religión católica. Dios que no desoye ninguna súplica, le concedió el milagro al rey francés, y de manera inesperada, el ejército del Rey Clodoveo derrotó a los enemigos. De inmediato, el rey solicitó al obispo San Remigio que lo instruyera en la religión, y en la Navidad del año 496 fue bautizado solemnemente con todos los jefes de su gobierno. Gracias a su conversión, Francia profesa la religión católica. La reina Clotilde era admirada a causa de su gran generosidad en repartir limosnas, y por la pureza de su vida y sus largas y fervorosas oraciones. Después de la muerte de su esposo vivió como una verdadera religiosa; se retiró a Tours y allí consagró su vida a la oración y socorrer a pobres y enfermos.

SANTA CUNEGUNDA,
VIRTUD: VALENTIA (y gran FE)
por Emilia Fernández Ceballos (9 años)
De Querétaro, Querétaro (Méjico)

Hija del conde Sigfredo de Luxemburgo. Hacia 998-1000 se casó con el último sucesor de la casa reinante de Sajonia, duque Enrique de Baviera (Enrique II el Santo), junto con su esposa, fue coronado Emperador en Roma por el papa Benedicto VIII. El matrimonio, sufrió de una calumnia acusándola de que no quería a su esposo. Ella pidió un juicio y mando a traer unas rejas calientes, y camino sobre ellas y parecía que caminaba sobre pétalos de rosas. Así que aunque fueron muy felices, no tuvieron descendencia. Al morir Enrique II en 1024, Cunegunda hizo de regente tomando parte activa en el nombramiento de Conrado XI como rey de Alemania, retirándose luego a la abadía de monjas benedictinas de Kaufungen, fundada por ella, donde, ya de monja, realizó grandes obras de caridad. En esta abadía en 3 marzo de 1033, se escuchó una voz del Cielo que decía "Oh virgen, deja espacio para otra virgen" y siendo enterrada en la catedral de Bamberg, el cuerpo de su difunto esposo se movió dentro de la tumba para que colocaran el cuerpo de Santa Cunegunda. Enrique fue canonizado el 1145 y Cunegunda en 1200. El pueblo y la liturgia la veneran como la emperatriz virgen que mantuvo una relación muy especial con la Virgen María. La fiesta de Cunegunda se celebra el 3 de marzo.



SANTA ELENA, VIRTUD: CARIDAD

por Ana Cristina Méndez Ochoa (13 años)

De Ciudad de Méjico (Méjico)

Nació ella en el año 270 en Bitinia. Era especialmente hermosa. Y sucedió que llegó por esas tierras un general muy famoso del ejército romano, llamado Constancio Cloro (llamado así por su color de piel) y se enamoró de Elena y se casó con ella. De su matrimonio nació un niño llamado Constantino que se iba a hacer célebre en la historia por ser el emperador que concedió la libertad a los cristianos. Cuando ya llevaban un buen tiempo de matrimonio sucedió que el emperador de Roma, Maximiliano, ofreció a Constancio Cloro nombrarlo su más cercano colaborador, pero con la condición de que repudiara a su esposa Elena y se casara con la hija de Maximiliano. Constancio, con tal de obtener tan alto puesto repudió a Elena. Y así ella tuvo que estar durante 14 años abandonada y echada a un lado. Pero esto mismo la llevó a practicar una vida de santidad. Constantino amaba inmensamente a su madre Elena y la nombró Augusta o emperatriz, y mandó hacer monedas con la figura de ella, y le dio plenos poderes para que empleara el dinero del gobierno en las obras buenas que ella quisiera. Elena, que se había convertido al cristianismo, se fue a Jerusalén, y allá, con los obreros, que su hijo, el emperador, le proporcionó, se dedicó a excavar en el sitio donde había estado el monte Calvario y allá encontró la cruz en la cual habían crucificado a Jesucristo (por eso la pintan con una cruz en la mano).

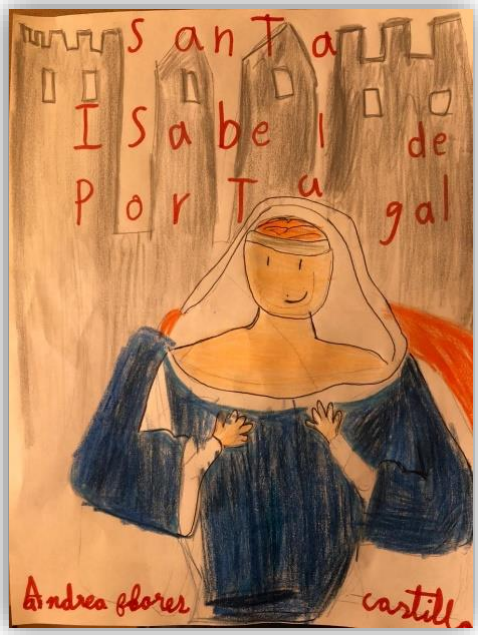
En Tierra Santa hizo construir tres templos: uno en el Calvario, otro en el monte de los Olivos y el tercero en Belén.

SANTA ISABEL DE HUNGRIA, VIRTUD: CARIDAD y Consagración a Dios.

por Cecilia Flores Castillo (11 años)

De Ciudad de Méjico (Méjico)

Su padre era rey de Hungría y fue hermano de Santa Eduvigis. Nacida en 1207, vivió en la tierra solamente 24 años, y fue canonizada apenas cuatro años después de su muerte. La Iglesia Católica ha visto en ella un modelo admirable de donación completa de sus bienes y de su vida entera a favor de los pobres y de los enfermos. Cuando ella sólo tenía veinte años y su hijo menor estaba recién nacido, el esposo Luis landgrave de Turingia murió luchando en las Cruzadas. La Santa estuvo a punto de sucumbir a la desesperanza, pero luego aceptó la voluntad de Dios. Renunció a propuestas que le hacían para nuevos matrimonios y decidió que el resto de su vida sería para vivir totalmente pobre y dedicarse a los más pobres. Daba de comer cada día a 900 pobres en el castillo. Un día, después de las ceremonias, cuando ya habían quitado los manteles a los altares, la santa se arrodilló ante un altar y delante de varios religiosos hizo voto de renunciar a todos sus bienes y de vivir totalmente pobre, como San Francisco de Asís hasta el final de su vida y de dedicarse por completo a ayudar a los más pobres. Cambió sus vestidos de princesa por un simple hábito de hermana franciscana. Cuando apenas iba a cumplir sus 24 años, el 17 de noviembre del año 1231, pasó de esta vida a la eternidad, viendo como la Virgen María y su esposo venían a este mundo por ella.

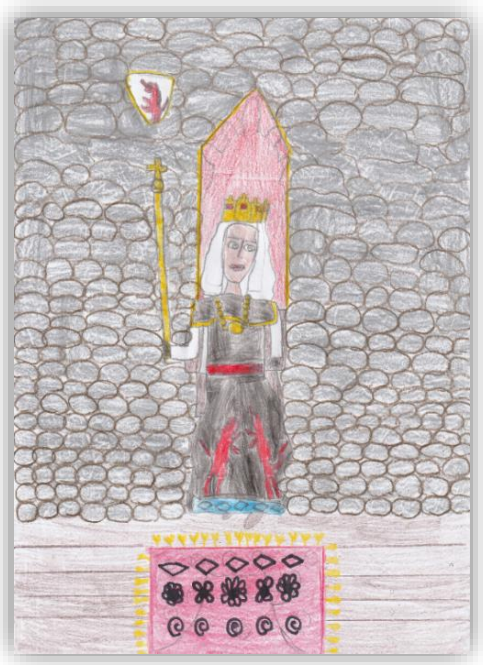


SANTA ISABEL DE PORTUGAL, VIRTUD: CARIDAD y devoción a la Virgen María.

por Andrea Flores Castillo (9 años)

De Ciudad de Méjico (Méjico)

Nació en 1270. Era hija del rey Pedro III de Aragón, nieta del rey Jaime el Conquistador, biznieta del emperador Federico II de Alemania. Le pusieron este nombre en honor de su tía abuela Santa Isabel de Hungría. Desde muy niña tenía una notable inclinación hacia la piedad. En su casa le enseñaron que si quería en verdad agradar a Dios debía unir a su oración, la mortificación de sus gustos y caprichos y esforzarse por evitar todo aquello que la pudiera inclinar hacia el pecado. Sus educadores le enseñaron que una mortificación muy formativa es acostumbrarse a no comer nada entre horas (o sea entre comida y comida), y soportar con paciencia que no se cumplan los propios deseos, y esmerarse cada día por no amargarle ni complicarle la vida a los demás. A los 15 años ya sus padres la habían casado con el rey de Portugal, Dionisio. Hizo construir albergues para indigentes, forasteros y peregrinos. Visitaba enfermos, y daba de comer de sus manos a 13 leprosos. Tuvo dos hijos: Alfonso, que será rey de Portugal, sucesor de su padre, y Constancia (futura reina de Castilla). Santa Isabel frecuentemente distribuía Monedas del Tesoro Real a los pobres para que pudieran comprar el pan de cada día. En una ocasión, el Rey Dionisio, sospechando de sus actos, comenzó a espiarla. Cuando la Reina comenzó a distribuir monedas entre los pobres, el rey lo observó y enfurecido fue a reclamarle. Pero el Señor intervino, de manera que, cuando el rey le ordenó que le enseñara lo que estaba dando a los pobres, las monedas de oro se convirtieron en rosas. Cuando estalló la guerra entre su hijo y su yerno, el rey de Castilla, Santa Isabel, a pesar de su ancianidad, emprendió un larguísimo viaje por caminos muy peligrosos y logró la paz. Sin embargo, el viaje le costó la vida. Al sentir próxima la muerte pidió que la llevasen al convento de las Clarisas que ella misma había fundado. Allí murió invocando a la Virgen Santísima el 4 de julio de 1336. Fue canonizada en 1625.



ELVIRA RAMÍREZ, VIRTUD: FORTALEZA

por Luciana Martínez Martínez (10 años)

De Tlaxcala, Tlaxcala (Méjico)

Infanta y religiosa del siglo X, nació en el reino de León. Hija del rey Ramiro II y de la princesa Urraca. Tuvo un hermano, Sancho I. A los doce años profesó como religiosa. Para ella construyó su padre, Ramiro II, un monasterio bajo la advocación del Salvador, junto al Palacio Real. A la muerte de Sancho I (966), Elvira tiene que dejar el convento y adquiere relevancia política, al hacerse cargo de la regencia del Reino y amparando los derechos de su sobrino Ramiro III, hijo de Sancho I, salvaguardando los intereses del Trono leonés. En estos momentos, Elvira Ramírez no dudó en utilizar el título de Reina. Se encargó de la educación del joven Ramiro III de apenas cinco años. Se dedicó a participar en batallas, al frente del ejército leonés contra los moros. Logró que los demás reinos respetaran la corona de León, a pesar de que ella estaba a cargo y nunca dejó su habito de religiosa, con el cabalgó en varias batallas. Sus parientes y corte le guardaban mucho respeto. Concilió varias disputas políticas y comerciales importantes para su reino, logrando siempre la paz. Durante su reinado, tristemente sucede el martirio de su sobrino Pelayo, y exige a Córdoba las exequias del santo. Las recupera y manda se construyese un nuevo monasterio, bajo la advocación de San Pelayo, para albergar las reliquias del niño Pelayo, llegadas a León a instancias de la propia infanta Elvira. La infanta era llamada por todos: “Elvira, fundadora, que derrama felicidades, resplandeciente por el virgíneo candor, en mente, espíritu y deseo unida al Dios vivo y verdadero, que camina con paso seguro por la santa congregación y la regular religión, guía y ejemplo para todas sus compañeras que se esfuerzan en vivir según la regla de los antiguos Padres, siguiendo la santidad de su vida y la exuberancia de su piedad, que en ella descuella sobre todas las demás virtudes”.

A su sobrino al conseguir mayor edad, le entrega la corona de León y ella vuelve al convento, viviendo y muriendo con la mayor discreción, tanto que no se conoce la fecha exacta de su muerte.

SANTA MATILDE DE SAJONIA, VIRTUD: PIEDAD Y CARIDAD CON LOS POBRES

por Pilar María Daniels Ramírez de Arellano (10 años)

De Puebla, Puebla (Méjico)

Muy joven se casó con Enrique, duque de Sajonia (Alemania). Su matrimonio fue excepcionalmente feliz. Sus hijos fueron: Otón primero, emperador de Alemania; Enrique, duque de Baviera; San Bruno, arzobispo de Baviera; Gernerga, esposa de un gobernante; y Eduvigis, madre del famoso rey francés, Hugo Capeto. Su esposo Enrique obtuvo resonantes triunfos en la lucha por defender su patria, Alemania, de las invasiones de feroces extranjeros. Y él atribuía gran parte de sus victorias a las oraciones de su santa esposa Matilde. Enrique fue nombrado rey, y Matilde al convertirse en reina no dejó sus modos humildes y piadosos de vivir. En el palacio real más parecía una buena mamá que una reina, y en su piedad se asemejaba más a una religiosa que a una mujer de mundo. Era extraordinariamente generosa en repartir limosnas a los pobres. Después de 23 años de matrimonio quedó viuda, al morir su esposo Enrique. Cuando supo la noticia de que él había muerto repentinamente de un derrame cerebral, ella estaba en el templo orando. Inmediatamente se arrodilló ante el Santísimo Sacramento y ofreció a Dios su inmensa pena y mandó llamar a un sacerdote para que celebrara una misa por el descanso eterno del difunto. Terminada la misa, se quitó todas sus joyas y las dejó como un obsequio ante el altar, ofreciendo a Dios el sacrificio de no volver a emplear joyas nunca más. Sus últimos años los pasó Matilde dedicada a fundar conventos y a repartir limosnas a los pobres. Otón, que al principio la criticaba diciendo que era demasiado repartidora de limosnas, después al darse cuenta de la gran cantidad de bendiciones que se conseguían con las limosnas, le dio amplia libertad para dar sin medida. Dios devolvía siempre cien veces más. Cuando Matilde cumplió sus 70 años repartió entre los más necesitados todo lo que tenía, y rodeada de sus hijos y de sus nietos, murió santamente el 14 de marzo del año 968.

ISABEL LA CATOLICA, VIRTUD: FE Y FORTALEZA

por María de la Paloma Daniels Ramírez de Arellano (13 años)

De Puebla, Puebla (Méjico)

Reina de Castilla; nació en la ciudad de Madrigal de las Altas Torres, el 22 de abril de 1451: murió un poco antes de mediodía del 26 de noviembre de 1504 en Medina del Campo (Valladolid). Fue la hija de Juan II, Rey de Castilla. Sus antepasados fueron reyes valerosos y religiosos: San Fernando II y Alfonso X de España; y por el lado portugués Santa Isabel de Portugal y Santa Isabel de Hungría. Tenía apenas un poco más de tres años de edad cuando murió su padre (1454), fue educada piadosa y cuidadosamente por su madre, en Arévalo, hasta los trece años. Era muy buena para las labores manuales y le gustaba montar a caballo. Reina de Castilla y León (1474-1504) y de la Corona de Aragón (1479-1504). Hija de Juan II de Castilla y de Isabel de Portugal, Isabel la Católica tenía sólo tres años cuando su hermano Enrique IV ciñó la corona castellana (1454)..Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, su esposo (que pasarían a la historia como los Reyes Católicos, título concedido en 1494 por el papa Alejandro VI) fueron el afianzamiento y la expansión del poder real, el estímulo de la economía, la conclusión de la reconquista a los musulmanes de todo el territorio peninsular y el fortalecimiento de la fe católica. En materia religiosa, por último, Isabel la Católica llevó a cabo una profunda reforma eclesiástica con la ayuda del cardenal Cisneros, creó el tribunal de la Inquisición para velar por la ortodoxia católica) y culminó el proceso de unificación religiosa con la expulsión de los judíos y los mudéjares. Seguramente la reina española más famosa, reinó junto a Fernando el Católico en uno de los momentos más importantes de la historia de España: el descubrimiento de América, Se la conoce como Madre de la Hispanidad.

SANTA PAULINA PULQUERIA, VIRTUD: VIRGINIDAD

por María José Méndez Ochoa (13 años)
De Ciudad de México (Méjico)

Como un indicio del papel importantísimo que desempeñaron en los asuntos religiosos y eclesiásticos los emperadores romano-bizantinos y de la influencia de las mujeres en la corte imperial (una influencia no siempre benéfica), recordemos que los Padres del famoso Concilio de Calcedonia, que hizo época, aclamaron a la emperatriz Pulquería, como "guardiana de la fe, pacificadora, pía, creyente y una segunda Santa Elena." Pulqueria era la nieta de Teodosio II el Grande y la hija del emperador Arcadio, el que murió en el año 408. La princesa nació en el año 399. Tuvo tres hermanas: Flacilla, Arcadia y Marina eran menores que Pulqueria. El emperador dejó un hijo, Teodosio II, que era tímido, bueno y devoto, incapaz para manejar los asuntos públicos y sin la energía suficiente para la posición que ocupaba. A Teodosio le interesaba más escribir o pintar que el arte de gobernar. En el año de 414, Pulqueria, que sólo tenía la edad de quince años, en nombre de su joven hermano, fue declarada augusta, participante con Teodosio en el gobierno del imperio y encargada también del cuidado y educación del príncipe. Bajo el gobierno de Pulqueria, la corte mejoró mucho. Al convertirse en augusta, Pulqueria hizo un voto de perpetua virginidad e indujo a sus hermanas a hacer lo propio. Cuando su hermano se casó, la esposa de éste, quien le tenía envidia a Pulqueria, consigue que la exilien.

El exilio duró algunos años. Podemos creer sin reparos, que Santa Pulqueria "consideró el castigo de su exilio como un favor del cielo y consagró todo su tiempo a Dios en la plegaria y al prójimo en las buenas obras. Nunca se quejó por la ingratitud de su hermano, ni por las inicuas intrigas de la emperatriz que todo se lo debía, ni por las injusticias de sus

ministros". Al morir su hermano, ella regresa y se casa con Marciano un general veterano y así se lo propuso, con la única condición de que ella quedase en libertad para mantener su voto de virginidad. Su intervención en el Concilio de Calcedonia que condenó aquel error juntamente con las opuestas ideas herejes de Eutiques. En el mes de julio del 453 murió Santa Pulquería. Aquella gran emperatriz construyó muchas iglesias, tres de ellas en honor de la Madre de Dios: la de Blakhernae, la de Khalkopratia y la de Hodegetria, que figuraron entre las más famosas iglesias marianas de la cristiandad. En la última de las iglesias mencionadas la emperatriz instaló la famosísima pintura de la Virgen María que había sido traída de Jerusalén y que se atribuye al Evangelista San Lucas.

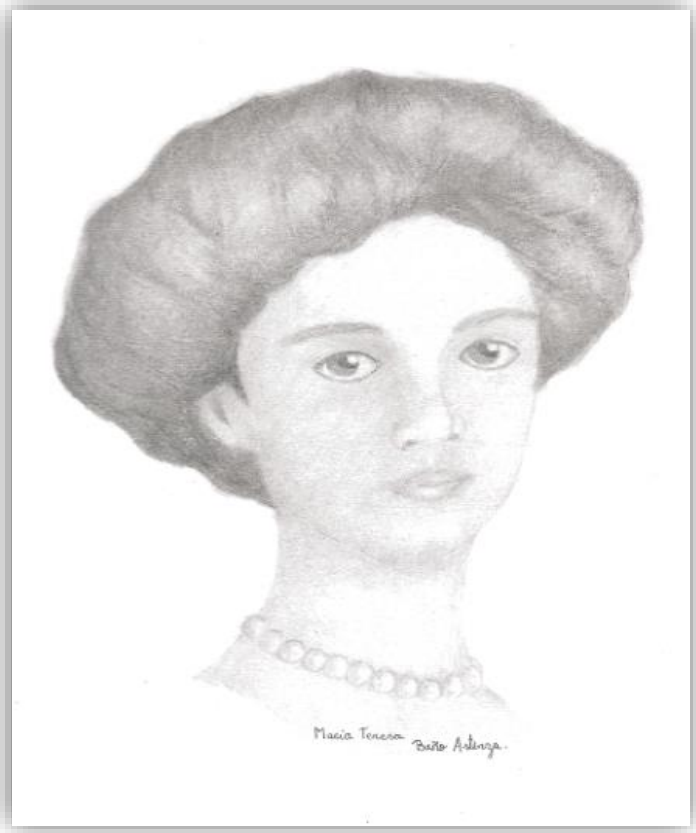
JUANA I DE CASTILLA, VIRTUD: FORTALEZA

por Sara Bernadette González Gutiérrez (12 años)

De Monterrey, Nuevo León (Méjico)

Tercera hija de los Reyes Católicos. Tuvo una esmerada educación, a cargo de Beatriz Galindo, 'la Latina'. A los quince años leía y hablaba correctamente francés y latín, basada en la obediencia. En el año 1496 se casó con archiduque Felipe el Hermoso, primogénito de Maximiliano de Austria y de María de Borgoña, para así fortalecer la política internacional de su padre. Recibió malos tratos de Felipe, eso con las continuas ausencias y constantes infidelidades influyeron en el comportamiento de la Reina. Tras la muerte de sus hermanos Juan e Isabel, y su sobrino Miguel de Portugal en 1500, pasó a ser heredera de Castilla y Aragón. A pesar de algunas muestras de enajenación mental y a las tendencias francesas de su marido, su madre Isabel la nombró heredera en su testamento, aunque especificó que en caso de ausencia o incapacidad administrase el reino Fernando el Católico

hasta la mayoría de edad de su nieto Carlos, el futuro Carlos I. Fue encerrada por 46 años y la reina permaneció, hasta su muerte, acaecida el 12 de abril de 1555, alejada de toda actividad política en su residencia de Tordesillas. Sus seis hijos se sentaban en los tronos más encumbrados: los dos varones ostentarían la dignidad imperial, además de los reinos hispánicos y austriaco con sus anejos; las hijas fueron reinas consortes de Portugal, Hungría, Dinamarca y Francia. Juana fue desde 1504 reina de Castilla, y desde 1516 del resto de España, y esas dignidades las tendría hasta el final de sus días. Su cuerpo descansó en la cripta del convento hasta 1574, momento en el que su nieto, Felipe II, lo trasladó primero a El Escorial y después a Granada.



ZITA DE BORBON-PARMA, VIRTUD: CARIDAD

por María Teresa Baño Astinza (11 años)

De Guadalajara (España)

Zita de Borbón-Parma nació el 9 de mayo de 1892, fue la última emperatriz y reina consorte de Austria-Hungría (1916-1918) como esposa de Carlos I de Austria y IV de Hungría, Beato. Entre sus ancestros más cercanos se encontraban varios reyes de las casas reinantes de España, Portugal y Francia. Fue bautizada con los nombres de Zita María de la Gracia Adelgunda Micaela Rafaela Gabriela Josefa Antonia Luisa Inés.

De 1903 a 1908 asistió al colegio del convento de monjas salesas de Zangberg, en Baviera. Además de los idiomas modernos, que ya practicaba en casa, se le enseñaba matemáticas, geografía, historia, historia natural y música. También se incluyeron actividades como costura, bordado y educación física. El 13 de junio de 1911 se hace oficial el compromiso de la princesa de 19 años. Más tarde, Zita recordará que después de su compromiso, Carlos le había expresado sus temores por el destino del Imperio austríaco y los desafíos de la monarquía. Carlos y Zita

se casan en el castillo de Schwarzau el 21 de octubre de 1911. El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando y su esposa, la duquesa de Hohenberg, son asesinados en Sarajevo por nacionalistas serbios de Bosnia. Carlos y Zita recibieron la noticia por telegrama el mismo día. Carlos se convirtió automáticamente en heredero del trono. Por la guerra, Carlos solía estar lejos de Viena, y Zita estaba particularmente interesada en las políticas sociales. Enérgica y voluntaria, Zita acompaña a su esposo a las provincias y al frente mientras se ocupa de obras de caridad y visita a los heridos de guerra. El final está cerca para el emperador, es demasiado tarde: las naciones eslavas (Checoslovaquia y el estado de los eslovenos, croatas y serbios) proclaman su independencia. El Imperio austríaco y el Reino de Hungría están de hecho disueltos. La primera residencia de la familia exiliada es el castillo de Wartegg en Suiza), después residen temporalmente en el castillo del conde Móric Esterházy en Tata, luego son encarcelados en la abadía de Tihany, y deben encontrar un nuevo lugar de exilio. La salud de Carlos era mala desde hacía bastante tiempo. Carlos murió el 1 de abril Zita, viuda a los 28 años, decide guardar luto por Carlos el resto de su vida. Después de la muerte de Carlos, el jefe del estado español, realiza un acuerdo y permite que Zita y sus siete hijos se trasladen a España, después vivieron en Estados Unidos y en Quebec, Canadá. Zita pasó los últimos años de su vida con su familia. Aunque se habían levantado las restricciones al regreso de los Habsburgo-Lorena a Austria, esto solo se aplicaba a los nacidos después del 10 de abril de 1919. También estuvo involucrada en el proceso de beatificación de su esposo fallecido. En 1982, las restricciones finalmente se levantaron y pudo regresar a Austria por primera vez en 60 años gracias a un pasaporte diplomático emitido por España. El 14 de marzo de 1989, muere. Tenía entonces 96 años de edad. Su funeral tuvo lugar en Viena el 1 de abril, 67 años después del día de la muerte de su esposo. Proclamada Sierva de Dios por la Iglesia católica.

Pelayo

Trivial

- ¿De qué lugar partió la Expedición Real (1837)?
- ¿Qué santo y rey de España prefirió perder el trono y la vida antes que apostatar?
- ¿Dónde se encuentra la alineación de montañas llamada popularmente «la Mujer Muerta»?
- ¿Por qué «Dios» es la primera palabra del tetralema carlista?

Pelayo

Trivial

- ¿Qué sucedió en Villar de los Navarros en 1837?
- ¿Quién fue el primer rey de Castilla?
- ¿Qué ciudad hispanoamericana es la metrópolis con más altitud de todo el mundo?
- ¿Por qué San Hermenegildo prefirió morir a comulgar de las manos de un obispo hereje?

Pelayo

Trivial

- ¿Qué conocido masón organizó una campaña de guerra contra el Perú católico y español en 1820?
- ¿Bajo qué rey español se descubrió el sepulcro del Apóstol Santiago?
- ¿Cuál es el salto de agua más alto de la Península?
- ¿Por qué el liberalismo es enemigo de la sociedad humana?

- De Estella, donde estableció su corte el Rey Don Carlos V
- San Hermenegildo
- En la Sierra de Guadarrama, formada por los picos Pasapán, Peña del Oso y La Pinareja
- Porque sabemos que todo poder viene de Dios. Las leyes de los hombres deben obedecer a las leyes divinas y reconocer a Nuestro Señor la primacía sobre todas las naciones

- Tuvo lugar una la victoria carlista sobre el ejército liberal en el Bajo Aragón. que permitió el avance de la Expedición Real sobre Madrid
- Sancho II, llamado el Fuerte.
- La Paz, de Bolivia, con cerca de 3.650 m sobre el nivel del mar.
- Como buen Rey cristiano, San Hermenegildo sabía que su deber era ordenar el reino para la mayor gloria de Dios y de su Iglesia: prefirió morir mártir antes que traicionar la misión encomendada por Dios

- José de San Martín
- Alfonso II el Casto, rey de Asturias. Fue el primer peregrino a Compostela e instituyó el Camino de Santiago primitivo desde Oviedo
- Es el del río Nervión, que salta unos 222m
- El liberalismo antepone el individuo contra toda comunidad y consagra el beneficio individual a costa del bien común. También es enemigo de toda ley que no provenga de una voluntad individual o un consenso, por lo que rechaza la ley divina y la ley natural

Cancionero

La flor de la Margarita

Cálzame las alpargatas,
dame la boina, dame el fusil (bis ambos).
Que voy a matar más guiris (bis)
Que voy a matar más guiris
que flores tienen mayo y abril (bis ambos).

Que yo me voy, que yo me voy,
que yo me voy a la facción,
a defender la bandera
de Don Carlos de Borbón (bis los cuatro).

Caballero en su caballo
viene Don Carlos, ¡Ay, que primor!
La boina flotando al viento,
y entre sus manos, lleva una flor.
Es la reina Margarita,
de Parma la más bonita.
Entre las flores bonitas
y entre las reinas, es la mejor (bis ambos)

Tienda Carlista

Mochila y polos de Margarita y Pelayo

https://tiendacarlista.com/